

GERARDO  
SIFUENTES

---

# PARACOSMOS





Dr. en D. Jorge Olvera García  
Rector

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca  
Secretario de Docencia

Dra. en Est. Lat. Ángeles  
Ma. del Rosario Pérez Bernal  
Secretaria de Investigación  
y Estudios Avanzados

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien  
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso  
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles  
Bernal García  
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez  
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna  
Secretario de Planeación y Desarrollo  
Institucional

M. en A. Ed. Yolanda E.  
Ballesteros Senties  
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez  
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada  
Director General de Comunicación  
Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García  
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez  
Director General de Centros Universitarios  
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla  
Contralor Universitario

# Paracosmos

JURADO

Rodolfo Santullo, de Uruguay

Diego Simini, de Italia

Doménico Chiappe, de Perú

Mauricio Montiel Figueiras, de México

Pedro Enríquez, de España

Gerardo  
Sifuentes

# PARACOSMOS



**UAEM** | Universidad Autónoma  
del Estado de México

*“2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”*

Primera edición, agosto 2016

*Paracosmos*

Gerardo Sifuentes

Imagen de portada: Gerardo Sifuentes

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

[direccioneditorial@uaemex.mx](mailto:direccioneditorial@uaemex.mx)



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Sifuentes, Gerardo (2016), *Paracosmo*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, ISBN: 978-607-422-733-8.

ISBN: 978-607-422-733-8

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

# Contenido

Presentación	11
Prólogo	13
La ronda de los animales en primavera	15
El proyecto del doctor Dobrunas	31
Cosmos 13	43
Gremlin	59
El planeta de los perros	73
Le ganaron los lobos	85
El planeta de los gatos	93
Duelo al amanecer	109
La prueba de Lovelace	115



*No somos monstruos, somos hombres del futuro*

Philip K. Dick



## PRESENTACIÓN

¶ LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO (UAEM), a lo largo de su trayectoria, ha tenido en cuenta la importancia de difundir el trabajo intelectual de jóvenes o experimentados literatos. Por esta razón, desde hace trece años instauró el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, certamen que convoca a escritores de habla hispana a presentar sus creaciones, con el fin de dar a conocer las nuevas formas de manifestarse literariamente. Desde su primera edición, la convocatoria fue abierta a escritores de talla internacional.

Para esta emisión 2015-2016, se recibieron 126 obras, resultado de la participación de novelistas y cuentistas nacionales y extranjeros. La credibilidad del certamen se ha dado gracias a la participación de los integrantes del docto jurado: Rodolfo Santullo de Uruguay; Pedro Enríquez de España; Mauricio Montiel Figueiras de México; Diego Simini de Italia y Doménico Chiappe de Perú. La discusión se llevó a cabo de manera tanto virtual como presencial; el incremento en la cantidad y calidad de las obras denotó el prestigio del premio y, en consecuencia, una mayor exigencia para el fallo final, por lo que se optó por otorgar dos menciones honoríficas.

El veredicto unánime fue premiar a la novela *El exilio del cuerpo*, de la escritora mexicana María Esther Núñez Herrera, obra que causó el asombro entre el comité dictaminador por su estilo, controversial contenido e innovadora forma de narración.

La primera mención honorífica fue para la obra *El varado*, del mexicano Pablo André Rodríguez Cabello; la segunda fue para la selección de cuentos de ciencia ficción: *Paracosmos*, de Gerardo Sifuentes Marín, también mexicano, las cuales son igualmente publicadas, con el fin de fomentar y difundir la actividad literaria, tanto entre los talentos emergentes como en el gran público lector.

Esperamos, queridos lectores, que la decisión del jurado forme en ustedes el interés por la fuerza creativa a fin de sumergirse en los mundos generados por estas obras lúcidas y lúdicas y encuentren en ellas gran regocijo intelectual.

DR. EN DERECHO JORGE OLVERA GARCÍA  
Rector

*Agosto, 2016*

## PRÓLOGO

### TODAVÍA EN EL VUELO

¶ CONOCÍ LA OBRA DE GERARDO SIFUENTES en el 2010 gracias a un diplomado sabatino. Era en el centro de la Ciudad de México, así que fui a la calle de Donceles a buscar sus libros el mismo día que se habló de él. Encontré *Perro de Luz* (Times Editores, 1998) en las bodegas de Porrúa y me voló la cabeza. Su desparpajada voz narrativa y lo delirante de sus temas me obligaron a buscar el otro libro existente entonces. Logré encontrar *Pilotos infernales* (Editorial Vid, 2002) unas semanas antes de que los libros se agotaran. La voz, los temas, la experimentación, todo era mejor aquí que en el anterior.

Tres años después apareció *Planetaria* (Editorial Resistencia, 2013) y algo pasó. Más de una década de distancia se manifestó en una voz madura y una ambición narrativa más controlada que exploraba desde otros ángulos las obsesiones de antes. Aquel libro era una suma de textos breves, quizá una novela fragmentada, que parecía anticipar algo mucho más grande.

Tres años después, la promesa de esos textos se cumple en *Paracosmos*.

El parámetro es simple: si antes Édgar Omar Avilés había dicho que los cuentos de Sifuentes eran agentes que se infiltraban en la imaginación del lector, lo de ahora es un ajustador de realidades.

Aquí están, de nuevo, las obsesiones, los mundos aparentemente idénticos, la fractalización de ideas, el cuestionamiento a las realidades posibles desde las probables.

Ahí está la palabra clave de este libro: probable. Es probable que las plantas enrarezcan. Es probable que Nellie, la nave intergaláctica, encuentre un exoplaneta habitable. Es probable que los perros que juegan billar y el león filisteo estén en el cuarto de al lado. Lo es tanto como que un elefante se enfrente cuerpo a cuerpo contra una máquina.

Son todos esos mundos probables los que más importan en una sociedad “de certezas”, “realista”, “apegada a los hechos”, “hambrienta de verdad”. Porque es probable, también, encontrar entre los *Paracosmos* una manera diferente de enfrentar al mundo, con sus maravillas y amenazas .

MANUEL BARROSO CH.

LA RONDA DE LOS  
ANIMALES EN  
PRIMAVERA



¶ DURANTE LA BATALLA DE STALINGRADO hubo un edificio que ni el Ejército Rojo ni los nazis pudieron ocupar durante los doscientos días que duró el combate. El rumor entre los soldados era que en el interior de aquel lugar habitaba “el miedo”. La primera vez que el teniente Alexei Stefanov y los hombres de su pelotón escucharon hablar de este asunto se encontraban a diez kilómetros del frente. La segunda vez no fue un rumor, sino un punto marcado en el plano de operaciones. Se trataba de una construcción de dos plantas, que alguna vez fuera guardería para los hijos de los obreros de una fábrica de tractores. Para el alto mando era de gran importancia solucionar aquel problema y aprovechar las ventajas del fenómeno, cualquiera que éstas fueran. Los combatientes que entraban en aquel sitio nunca más salían, por lo que se sospechaba de un arma química o, en el peor de los casos, radiactiva. Pero lo que más inquietaba a la inteligencia soviética era que los alemanes también estaban especialmente interesados en tomar el sitio; los reportes mencionaban la presencia de altos oficiales de las SS en los alrededores y el envío de patrullas germanas que se internaron en el sitio para jamás volver.

\*

Fue al investigar sobre aquel incidente perdido de la historia que me metí en este problema. Aquella cosa, sin embargo,

ha empezado a diluirse con el tiempo. Cuando la visión regresa es de manera instantánea y fugaz, como un cruel y desquiciado *deja vu*. La sensación vuelve durante los días feriados, cuando el silencio invade las calles en plena luz del día y me hace pensar que todos los habitantes de la ciudad han desaparecido. Me he esforzado en pensar que aquello no me sigue los pasos.

\*

Todo comenzó en la terraza de uno de esos hoteles de diseñador que abundan en el centro, donde servían el rebuscado e insípido menú mexicano para turistas internacionales. Me habían presentado a un español, Iñaki Salvat, descendiente de un linaje de editores de enciclopedias y reconocido bibliófilo. Ancho de hombros, calvo, sudoroso, bigote poblado y de risa nerviosa, él mismo era un aficionado a la Segunda Guerra Mundial y buscaba a alguien que encontrara artefactos y parafernalia nacional relacionada con el tema. De inmediato capté su idea, al ser yo mismo un seguidor del asunto. Nuestra animada conversación giró en torno a aquella subcultura tan extendida y el especial énfasis que ésta tenía en España —fomentada en parte por aquella famosa enciclopedia que su familia había editado en décadas pasadas, y cuyos fascículos aún se podían encontrar en librerías de viejo en todo México—. Cada quien tenía su propio tema, episodio y general favorito: las SS, la batalla de Kursk y Rommel en el caso de Iñaki; en contraste, la Batalla de Inglaterra, el frente del Pacífico y McArthur eran mi deleite. Tras tomarnos varios tequilas, animados por la conversación, Iñaki me mostró en la pantalla de su laptop cuál era su verdadero objetivo. Era una fotografía que mostraba a los hombres del pelotón de un tal

teniente Stefanov, aquel que a decir de Iñaki pudo enfrentar “el miedo”. Creí recordar aquel episodio, pero no del todo. La imagen en blanco y negro mostraba a un grupo de soldados rusos curtidos por la brutalidad de la batalla. Era difícil creer que entonces ninguno rebasaba los veinte años, a excepción de un sujeto canoso, cuyo uniforme de oficial le quedaba muy ajustado. Entre ellos había una mujer. En la segunda fotografía que me enseñó, estaban dos de aquellos muchachos fumándose un cigarrillo; uno vestía un primitivo traje contra radiaciones; hoy cualquiera pensaría que se trata de un astronauta. Este sujeto en específico, de acuerdo con el propio Iñaki, formaba parte de una brigada de físicos de la Universidad de Moscú enviados para resolver el misterio del edificio encantado. Al fondo de la imagen, según había escrito Nadezhda Savitskaya —sargento fotógrafo del ejército rojo, y quien había tomado la imagen— estaba el sitio donde se encontraba “el miedo” de Stalingrado. La descripción, fecha y nombre del autor estaban escritos de su propio puño y letra en caracteres cirílicos en la parte posterior de la imagen, también escaneada. Éstas eran las únicas pruebas que se tenían de la existencia de aquel lugar y la misión de reconocimiento que se llevó a cabo; por lo demás, sólo se trataba de una oscura leyenda que circuló en el frente oriental durante la Gran Guerra, y persistió un par de décadas, desvaneciéndose conforme civiles y veteranos del conflicto se olvidaban de aquella época, envejecían y morían.

\*

Poco a poco, al reconstruir aquella anécdota en voz de Iñaki, ésta comenzó a sonarme familiar de alguna manera. Estaba casi seguro que había sido publicada en la revista *DUDA*, cuyo lema “Lo increíble es verdad” amparaba infinidad de

temas sensacionales ilustrados en formato de historieta, unos más peculiares que otros. Cuando era adolescente, devoré una variedad de reportajes sobre civilizaciones perdidas, encuentros con extraterrestres, sociedades secretas, conspiraciones y máquinas propuestas por gente que quería mejorar la vida del hombre. Las desbordadas teorías y artículos publicados semanalmente alimentaron mi imaginación, y fueron una de las razones que definieron en mi persona el gusto por la lectura. Sus reportajes sobre criptozoología llamaron poderosamente mi atención, sobre todo uno titulado “La gran oleada de monstruos de 1978”. Me dediqué entonces a dibujar toda clase de criaturas extrañas en las libretas del colegio, entidades acompañadas de breves descripciones acerca de sus hábitos y sitios donde supuestamente se les había visto. Acumulé tal cantidad de dibujos que llegué a editar una pequeña revista en fotocopias que distribuí entre mis compañeros de clase. En mi condición de hijo único, aquellos bestiarios se convirtieron en un refugio, y posteriormente en una obsesión que persistió a lo largo del tiempo, fomentándola con cientos de historietas, películas y novelas de fantasía y ciencia ficción que consumí como un auténtico vicio.

\*

—Hubo una época —decía Iñaki, mientras sudaba copiosamente al tiempo que se servía otro tequila— en la que todo fue posible en las revistas. Se especulaba sobre todo y se desconfiaba de todos. No menos que ahora pero estaban un poco más paranoicos. Los masones, los iluminati y alienígenas estaban bien metidos en la cabeza de las personas. A nadie le importaba si era verdad, en aquellos años lo importante era tener una sospecha como respuesta para todo. “El miedo” de

Stalingrado es una de esas sospechas que se quedaron por allí, al acecho. Consígueme esa revista que dices, o si encuentras un libro o algo que hable de eso te lo compro en dólares, cinco cifras.

—¿Y qué tal en Rusia?

—Sí, sí, sí, claro, joder, ahí empecé hace casi veinte años, pero ya nadie sabe un coño. Ya soborné a todos los funcionarios del museo Volvogrado, desde el director hasta los bodegueros, se revisaron los 120 mil contenedores que tienen llenos de armas, documentos, uniformes, fotografías, y nada, cero. Tengo otro agente siguiendo pistas. Me llama cada mes, pero sigue sin saber algo nuevo. Él fue quien me consiguió estas fotos, de un archivo del ejército que iban a tirar a la basura. Se tardó como cinco años en encontrarlas, y ya entrevistó a mucha gente. Demasiada. Un rumor por ahí, otro por allá. Esta semana hablará con un veterano que quiere decirle algo sobre un mural, creo saber lo que es, pero prefiero confirmarlo. Te juro que casi me rindo, pero no pierdo la esperanza, ya invertí mucho en esto. Mañana salgo a Estados Unidos. Un profesor de historia me contó que conoció a un inmigrante que pudo o no estar en la batalla que dice tener pruebas, a saber.

—Esto es como un rompecabezas.

\*

Según la reconstrucción de los hechos a partir de testimonios dispersos, los miembros del pelotón de Stefanov tenían como misión escoltar a los físicos soviéticos, algunos de éstos enfundados en aquellos trajes tan extraños que se mostraban en las fotografías. Pero su misión terminó mucho antes de rodear la casa de “el miedo”: una andanada de morteros acabó

con la mitad de los soldados rojos en segundos. Dentro de la confusión del momento y el denso humo, el teniente alcanzó a cubrirse dentro del primer boquete que encontró en una pared. Al cesar las explosiones y los disparos subsecuentes se quedó inmóvil, acurrucado en un rincón aferrando su rifle. Lloró por su familia muerta, y con este recuerdo poco a poco la rabia se apoderó de él. Fue el prolongado silencio lo que le incomodó. Ni un solo tiro o los motores de algún tanque o bombardero. Sólo prevalecía el olor a descomposición, ceniza y pólvora al que se había acostumbrado. Los cadáveres de sus compañeros y algunos alemanes yacían dispersos y mutilados a su alrededor. Fue en un instante de lucidez cuando comprendió dónde estaba escondido.

\*

Los viejos bibliotecarios se horrorizan con quienes no usamos guantes de algodón para manipular documentos antiguos. No saben que aquella medida anacrónica sólo contamina y desgasta más el papel. En cambio, cuando revisas entre pilas de libros y revistas viejos es necesario ponerse guantes de látex, como si estuvieras en una escena del crimen. Si no lo hicieras, terminarías con los dedos embadurnados de ese cochambre tan peculiar que te impregna el papel almacenado.

Si bien en mi estudio tenía toda la colección de *DUDA* debidamente encuadrada, al consultarla descubrí que el supuesto artículo no se encontraba entre sus páginas. Revisé desde el emblemático primer número de 1971 hasta la última edición de 1985, pero sin resultados. La base de datos de revistas académicas nacionales y bibliotecas tampoco rindió frutos. Una serie de visitas a los círculos de aficionados a la Segunda Guerra, entre los que se contaban coleccionistas de uniformes

alemanes y constructores de modelos de armamento a escala, tampoco dieron señas de conocer el asunto. Entonces me di a la tarea de recorrer las docenas de librerías y bazares de usado repartidos por el país, los cuales constituían mi rutina habitual para localizar pedidos de mis clientes, nacionales e internacionales, inmersos en la retromodernidad. A sugerencia de mi anticuario de cabecera, Luis *Vinagrillo* Ramírez, viajé a Hidalgo para internarme en lo más recóndito del inmenso mercado de San Judas, donde pasé poco más de una semana hurgando entre sus grandes montoneras de papel impreso acumuladas por décadas, algunas ocupando bodegas enteras a la espera de ser rehabilitadas, siempre en peligro de incendiarse. Mi espalda empezó a resentir el esfuerzo constante de la clasificación arqueológica de papel impreso, y mis dudas respecto a la veracidad de la historia de Iñaki se acentuaron. Si en Rusia no había encontrado suficientes referencias, quizá lo único que alimentaba la obsesión de mi cliente era uno de esos fantasmas de la memoria, aquellos recuerdos que nunca fueron. Como decía *Vinagrillo*, suele pasar que cuando uno vuelve a ver una película o leer un libro que recordaba haber disfrutado cuando niño o adolescente se lleva una gran decepción, porque la trama ya no resulta tan entretenida como se creía, la historia es más breve, diálogos o escenas que uno recordaba no están incluidos porque simplemente éstos nunca estuvieron allí, e incluso hasta el final es diferente. La película o el libro que se había anidado en la cabeza resultaba una quimera de la nostalgia, que se desintegraba al ser expuesta a la luz de la realidad.

El último día que pasé por el mercado de San Judas, caminé por un barrio aledaño en busca de un taxi para retirarme al hotel donde me hospedaba. Perdí la noción del tiempo al enfrascarme en mis reflexiones sobre el objeto de

mi investigación. Todavía paseaban por mi mente los miles de textos abandonados entre los que había excavado; tesis para licenciatura, libros escolares, manuales técnicos, guías de superación personal, *best sellers* de temporada e infinidad de revistas. Con el tiempo y la experiencia, clasificarlos a destajo se volvía un proceso automatizado, bastaba con atisbar por milésimas de segundo la portada u hojear rápidamente un texto que pareciera sospechoso para conocer su interior y descartarlo. Pensaba en ello cuando sin darme cuenta me encontré completamente solo en una calle. Caminé varias cuadras desorientado, en medio de solares baldíos y lo que suponía eran viejos almacenes de paredes grises. Escuché a los lejos una ráfaga de disparos y el rechinar de llantas de automóvil, tras lo cual no percibí ninguna otra clase de ruido o movimiento. La angustia se acentuó cuando una gigantesca nube de tormenta empezó a cernirse sobre la zona, que en poco tiempo bloqueó la luz solar. No se escuchaba el rumor del viento, el único sonido era el de mis propios pasos. Tras intentar en vano hacer llamadas por el teléfono celular, decidí acelerar el paso, impulsado por un primitivo instinto de supervivencia, sin saber exactamente de qué escapaba. Me sentía observado a la distancia, como si los famosos francotiradores de Stalingrado me siguieran tras sus miras telescópicas.

\*

La guardería le pareció al teniente Stefanov como cualquier otro edificio derruido de la ciudad. Lo que le llamó la atención fue un mural descarapelado que mostraba a varios animales caricaturizados, seguramente donde había sido la sala de juegos principal. Cinco criaturas peludas bailaban tomadas

de la mano alrededor de un par de niños que aplaudían, cuyos rostros apenas se podían apreciar por el deterioro de la pintura. Una de las bestias, lo que creyó era un perro, derramaba sangre de su hocico, o esa fue la impresión que tuvo. Registró las dos plantas del sitio según el procedimiento que tantas veces había repetido, sin dejar de encañonar su rifle al frente. Pero al llegar a las escaleras del sótano se detuvo en seco. El nido de “el miedo” lo esperaba. Stefanov llegó a contar a sus dos hijos que sólo se asomó por unos instantes. Aquello le pareció tan raro y espeluznante que sólo pudo esbozar una débil y triste sonrisa como reacción. Al salir del edificio, según se decía entre los soldados, caminó con la mirada perdida unos cuantos metros. Fue interceptado por un teniente que le gritaba órdenes histéricas y observaba con los ojos desorbitados. Pero Stefanov no escuchaba: se había quedado sordo. Fueron pocos segundos los que el sargento se mantuvo así. Como impulsado por una fuerza desconocida, cargó su rifle y comenzó a disparar hacia los puestos enemigos. El resto de la crónica se puede encontrar en un ejemplar del periódico *Estrella Roja*, donde se narra la historia del héroe que no sólo había tomado un edificio él solo, sino acabó con más de diez soldados alemanes en unos instantes, algunos de éstos con sus propias manos —sin mencionar por supuesto que a varios los mató destrozándoles la garganta a mordidas, y fueron necesarios cuatro hombres para contenerlo y evitar que hiciera lo mismo con sus propios camaradas—. Stefanov fue condecorado y dado de baja por motivos médicos. La batalla y la guerra terminaron para él aquel mismo día. Según se contaba, para que el edificio dejara de ejercer su maldición fue incendiado y demolido hasta los cimientos. Una vez terminado el conflicto, durante las obras de reconstrucción se colocó encima una plancha de concreto. Ahora se supone

que es parte de una gran explanada donde todos los fines de semana se monta un mercado de antigüedades. Stefanov se casó y posteriormente se retiró a una granja donde, pese a la realidad soviética, fue relativamente feliz; había sobrevivido a la Gran Guerra Patriótica y con eso fue más que suficiente. Nunca habló de lo ocurrido más que con su familia y hasta una edad muy avanzada. Nada se volvió a saber de los científicos enviados para encontrar el secreto de “el miedo”, ni siquiera del destino de sus cuerpos. Unos meses antes de morir, Stefanov llegó a contarle a su hijo mayor que éstos se habían ido a “un planeta similar a la Tierra”.

\*

Llegué a ese local con la respiración agitada. Era el único sitio abierto tras varias cuadras de recorrido. Justo cuando atravesé el umbral comenzó a llover, y el sonido del golpe de las primeras gotas contra el suelo me estremeció. Como tantos sitios en los alrededores de San Judas, se trataba de un pequeño almacén donde se vendían ropa y muebles usados. La muchacha que lo atendía, rolliza y de mirada tierna, me saludó con amabilidad. “Lo que se le ofrezca, doy precio”. Sus sencillas palabras me dieron serenidad, después de un largo rato de anómalo silencio. Ella volvió su atención a una revista de espectáculos, mientras afuera se dejaba venir una gran tormenta. Husmeé entre los cachivaches que se ofrecían. En un rincón, detrás de una bicicleta fija y una cómoda de madera estilo colonial, se encontraban un par de cajas de cartón rebosantes de libros y videocasetes VHS.

Entre manuales de contabilidad y un par de novelas rosas, llamaron mi atención una serie de fascículos de mecánica automotriz, cuya edición no reconocí, y otros tantos de

historia del arte bastante comunes en la década de 1980. Entre sus páginas encontré un cromo en papel satinado que alguien había arrancado de alguna enciclopedia para conservarlo. El pie de foto decía “La ronda de los animales en primavera. Anónimo. Rusia. Circa 1930”. La fotografía en blanco y negro que exponía el enigmático mural de una estancia infantil era una de las piezas del misterio de “el miedo”. El poco texto que se podía leer en unas columnas adyacentes a la imagen versaba sobre factores sociales que influyen en la educación de los niños. El golpeteo del agua se detuvo. Lo único que interrumpió el silencio fue la risilla de la chica, quien miraba con atención hacia algo indefinido en la calle.

\*

Iñaki pagó más de lo que imaginé por la pieza. Sin embargo, el costo de aquel hallazgo para mí fue un insomnio crónico y un pavor ante los espacios vacíos que nunca antes había experimentado. Mi creciente fobia se activaba en cualquier lugar o circunstancia, estaba sugestionado de tal manera que a menudo me veía en situaciones que me resultaban inquietantes y una rara ansiedad se apoderaba de mí, desde encontrarme en pasillos de centros comerciales al momento de cerrar, hasta la simple visión de una fotografía que mostrara un bosque o campiña desolados.

\*

—Cómo no, si los mexicanos han ido al espacio, a huevo que sí —me decía el viejo Vinagrillo muy convencido de una de sus tantas teorías. El calor del mediodía me sofocaba, y la tierra levantada por el viento me picaba en la nariz y garganta.

El mercado de pulga se extendía un par de kilómetros, en el que cientos de personas hormigueaban entre ropa, herramientas, juguetes, electrodomésticos y restos de lo que alguna vez fuera parte de vidas y hogares. Cables y lavadoras, llantas y televisiones, discos y laptops, usados pero con ganas de ser útiles de nuevo, se ofrecían a precios a menudo irrisorios para cualquier clasemediero. Mi abuelo amaba estos lugares.

—Fueron a la luna, pero no regresaron, te lo juro—. Su puesto, uno de los más grandes, que incluía una bodega de mediano tamaño, se encontraba en el lado oriente del mercado, donde vendía una selección variopinta de objetos que le dejaban lo suficiente para vivir. —Eso de “el miedo” era el temor a desaparecer, ¿no? Imagínate a toda la gente de esa ciudad con la pinche psicosis diaria. Bien loco. Como ahora más o menos, eran otros tiempos. Pero pues bueno, todo eso nomás está en tu cabeza, son recuerdos que nadie quiere. Habla con la gente. Ponte a ver la tele en chinga, prende la radio, busca el ruido de las personas. Se te pasa en unos días.

\*

Aunque siempre fui enemigo de tener un televisor en mi habitación, el consejo de Vinagrillo lo tomé como un remedio, así que sin pensarlo demasiado le compré un aparato de los que tenía disponibles y al llegar a casa me suscribí al servicio de cable. Desde hace unas semanas, cuando el ruido de la actividad citadina empieza a disminuir por las noches, enciendo el televisor y lo mantengo en cualquier canal con el apagado programado hasta quedar dormido, una práctica que hasta hace poco me parecía aborrecible.

Sin embargo, lo que no he podido evitar son las pesadillas. En ellas escucho gritos de niños perdidos en la oscuridad.

Alaridos fantasmales se degradan hasta formar una sórdida cacofonía que taladra los oídos y me obliga a despertar. Abro los ojos para verme de inmediato en el más absoluto silencio y llorar de impotencia hasta que amanece. El sueño regresa cuando percibo el pulso de la ciudad proveniente de la calle, los primeros indicios de que el mundo sigue su curso a pesar de todo, girando como los extraños animalillos alrededor de la pareja de niños soviéticos, a la espera de algún evento inesperado, una guerra, un desastre o epidemia que interrumpa súbitamente la cotidianidad y reduzca nuestro mundo al silencio.



EL PROYECTO DEL  
DOCTOR DOBRUNAS



¶ ME GANO LA VIDA ILUSTRANDO EL FUTURO que ven los hombres. Científicos, ingenieros o redactores muestran planos y bocetos de la maquinaria y paisajes que su mente ha creado para que yo los plasme en pantalla simulándoles vida. Esto es una auténtica clase de oficio. Mi carpeta incluye los más diversos futuramas: fábricas orbitales, ciudades submarinas, infinidad de vehículos voladores y autómatas en acción. El trabajo se publica en revistas, portadas de novelas y empaques de videojuegos. Ciertas imágenes formaron parte de ambiciosos proyectos industriales que quedaron a la espera de ser financiados. Muy pocos se realizaron, la mayoría por incosteables o el futuro les ganó irremediablemente, y en la mayoría de los casos fue mejor que así sucediera. La incierta naturaleza del mañana provocaba en mí, gran pesimismo. En realidad el futuro no tiene una forma determinada, tal vez ni siquiera un significado, por lo que constantemente hay que reinventarlo. Creo que en este punto el señor Dobrunas estuvo de acuerdo conmigo. A este personaje lo conocí justo en el momento en que había perdido la confianza en mi capacidad para crear futuros propios.

\*

Apareció en casa una tarde, recomendado directo del profesor Melampus, el futurólogo de la universidad. El señor Dobrunas se presentó como doctor, aunque nunca dio razón de su

especialidad ni de la escuela en donde había estudiado. Su alta figura en un traje ajustado, rostro aguileño y temperamento nervioso me intimidaron. La mirada obsesiva y maliciosa se acentuaba con unas cejas toscamente pobladas. Dobrunas necesitaba ilustraciones para un proyecto de biología: la creación en serie de plantas genéticamente alteradas, cuyos detalles se especificaban en el maltratado engargolado que llevaba con él. Al pedirle que se extendiera en sus descripciones, ya que la botánica era un tema nuevo para mí, pareció ignorarme y señaló hacia un cartel de propaganda de la china comunista que colgaba en la pared de mi estudio, en donde un obrero, un soldado y una campesina observaban con decisión hacia el horizonte.

—Esta es la imagen del mundo que quiero, —dijo con solemnidad histriónica.

\*

Mi padre, en su tiempo un popular caricaturista político, contaba la historia de un cartógrafo del siglo XVI, quien para indicar las zonas desconocidas del mar incorporó en sus trabajos una serie de monstruos quiméricos que asomaban a la superficie del agua. Un día, este hombre se sorprendió al escuchar a unos marinos describir encuentros con las criaturas que él se había inventado en los mapas.

En el proyecto del señor Dobrunas, las plantas con genes alterados parecían obedecer a un capricho delirante más que a un experimento fruto de la erudición científica. Al principio sus anotaciones describían con lujo de detalle retoños de hojas palmeadas, que emergían tímidamente de miles de tubos de ensayo en un laboratorio-invernadero. Pero al pasar las páginas, las flores y demás vegetales evolucionaban hasta

formar parte de un oscuro jardín ultraterreno, compuesto en su mayoría por plantas carnívoras gigantes de todos colores y bulbos extravagantes. Los bocetos espectrales del doctor estaban hechos con trazos temblorosos recargados de tinta negra. Al leer las notas, escritas con correcta y diminuta caligrafía, sus divagaciones estaban lejos de parecer un ensayo científico digno de tomarse en serio. Las conclusiones atendían a una suerte de metafísica más que a la ingeniería genética. Pensé en sugerirle que primero enviara el proyecto con algún especialista, pero como el dinero fluyó generosamente y de manera inmediata, decidí aceptar el trabajo. Después de todo a eso me dedicaba, a darle vida a lo improbable, la propuesta no me correspondía juzgarla.

\*

Transcurrieron un par de semanas. Dobrunas pareció encantado con los avances que le mostré en la pantalla de la computadora, y conforme le di vida a aquel delirio botánico, su entusiasmo creció como el de un adolescente. Después llegó con un portafolio lleno de libretas, en donde daba cuenta de un plan más ambicioso de lo que yo esperaba.

El paraíso esquizofrénico del doctor Dobrunas incluía extensas praderas sembradas de vainas gigantes, que criaban en su interior fetos humanos similares a mandrágoras. Esto era el principio de un excéntrico bestiario vegetal, donde se describía una sociedad simbiote entre las plantas gigantes y la humanidad, e incluía los detalles de una religión creada para la convivencia de las dos especies. Como ejercicio de la imaginación me resultaba atractivo, si éste hubiera sido el ambiente de una cruda película de serie B, con explicaciones superfluas para crear aquellos seres. Pero lo que más me

impresionó fueron las conclusiones: su propuesta era un ambicioso plan para volver a poblar la Tierra. Ni más ni menos. No tenía ante mí un proyecto de biología con fundamentos, sino un *space opera* mal redactado. Se lo comenté al profesor Melampus, pero mi mentor sólo pidió paciencia para tratar el caso.

\*

Una noche, al terminar una ilustración, decidí ponerle fin al encargo. Mi mente no pudo continuar. Releí aquellas extrañas libretas, impaciente y molesto; tuve envidia de aquella voluntad para crear universos. Una idea comenzó a germinar en mi cabeza. Ignoré las restricciones de los futuramas y fundé los cimientos de una anécdota, misma que reconocí como una extraña alegoría del momento que vivía. Mis ilustraciones comenzaron a contar una historia de ficción. En ella, un par de científicos enfrentaban diminutos ejércitos de plantas carnívoras e insectos en una suerte de ajedrez, cuyo tablero era un elaborado jardín victoriano. La historia se desarrolla el día en que los hombres de ciencia beben té y observan con enormes lupas el desarrollo de los acontecimientos.

En cuestión de horas me encontré volcado a la creación de mi propio mundo. Pronto surgieron nuevas ideas, y recurrí a las metápolis con su vida marginal, a los autómatas confundidos por las instrucciones de sus dueños, a las colonias espaciales abandonadas. El futuro seguía siendo el mapa de un mundo inestable, y sin embargo había que enfrentarlo o no tendríamos más remedio que ser tragados por las bestias del mar.

\*

Satisfecho conmigo mismo, y después de un par de días de inventar pretextos con las entregas, decidí avisarle por teléfono a Dobrunas la cancelación del proyecto. Contrario a lo que esperaba, no pareció molestarse ni me pidió explicaciones, y me dijo que pasaría a recoger su material en los días siguientes. Minutos después, en otra llamada telefónica, supe por el profesor Melampus la verdadera identidad de mi cliente.

No era doctor, su nombre real era Igor Feréz, eficiente empleado de una librería técnica de los alrededores de la universidad. Dobrunas-Igor Feréz había intentado sin éxito ingresar a la facultad de biología, convirtiéndose con el tiempo en un autodidacta esmerado aunque con lagunas de conocimiento. Su obsesión lo llevó a colarse a clases y deambular por el campus cargando gruesos libros. La investigación sobre las plantas era su oportunidad para demostrarle al mundo la capacidad de su intelecto. Al enterarme de esto, tuve una mezcla de lástima y desprecio hacia él. Sin embargo, aunque los dos imaginábamos utopías, la diferencia esencial era que Dobrunas creía firmemente en ellas; para mí sólo se trataba de un trabajo como cualquier otro, donde creaba variaciones de los sueños de otras personas. Lo de Igor, aunque incoherente, era genuino en su concepción.

\*

Después de casi veinticuatro horas de trabajo continuo me tomé unos tragos y contemplé con vanidad las ilustraciones de las plantas e insectos en batalla. Me encontraba tan satisfecho con ellas que el furor del alcohol me hizo elucubrar nuevas posibilidades, algunas más interesantes o absurdas que otras. Las ideas de Dobrunas habían provocado en mí una enorme y angustiosa explosión de creatividad que apenas

podía controlar. El timbre de la casa irrumpió históricamente. Al abrir la puerta me encontré con Dobrunas, o Igor Feréz, quien además de llevar su inseparable portafolios, en otra mano sostenía una bolsa negra. No supe qué decirle, en circunstancias ordinarias le hubiera pedido que regresara a la mañana siguiente, pero el alcohol me tenía de buen humor, así que lo dejé entrar. Su actitud fue de indiferencia nerviosa, como si tuviera mucha prisa, apenas dándome las gracias por el trabajo que había hecho hasta entonces. Sacó un fajo de billetes y me los ofreció, observando embelesado el póster de propaganda chino.

—Tengo otra cosa para usted —dijo sin despegar la vista del cartel. De la bolsa negra sacó una pequeña maceta con una planta. —Mañana me voy a otra ciudad.

La noticia me tomó por sorpresa. Su gesto de cortesía me había conmovido. Pero al observar el regalo me quedé helado. Era una planta carnívora con las fauces cerradas, tan pequeña y delicada que creí se desbarataría en mis manos. Observé a Igor Feréz a los ojos, y por reflejo le invité un trago, al menos así tendría que explicarme algunas cosas. Aunque al principio dudó, terminó aceptando con un impulsivo agradecimiento.

Me explicó el cuidado que requería la planta, así como su opinión personal sobre los últimos avances en genética y de cómo podían emplearse éstos para el beneficio de la humanidad. Al parecer, el diletante estaba al corriente de todo, tal vez no se perdía una sola revista o canal de divulgación científica. Yo lo escuchaba con atención, sintiéndome un poco mareado por los tragos, y en un punto de su plática llegué a sentir compasión por él; después de todo nada lo había detenido para realizarse, aunque fuera una gran mentira. Me comentó el origen de sus plantas: eran una especie encontrada en el desierto que la botánica tenía como inclasificable; la

buena suerte lo había tocado. En su casa tenía habilitado un invernadero para conservar aquellos especímenes, pero necesitaba más fondos para acelerar la investigación de éstos. El regalo que me hizo aquella noche era la primera generación criada por Igor Feréz.

—Además, ellas se comunican conmigo por telepatía, —dijo— y esta noche me di cuenta de lo que piden, quizá usted me pueda ayudar, ¿aceptaría?

Conforme él hablaba su lengua se convertía en una pasta que le impedía articular palabras coherentes. Yo sólo veía la pequeña e inofensiva planta, tan incapaz de enviar mensajes télépatas como yo de recibirlos. Decidí que era suficiente y comencé a despedirlo cortésmente. Ya no quise seguir con su juego, me sentía muy cansado. Fingí creerle, le dije que después podríamos continuar con la misión de sus plantas. Dobrunas captó mi mensaje. Irguió la cabeza con dignidad, se puso en pie, hizo una caravana exagerada para despedirse y salió con un vaso lleno de alcohol en la mano. Azotó la puerta al salir. En lo que a mí correspondía, el incipiente reinado de las plantas carnívoras estaba terminado.

\*

Mi primer proyecto profesional fue ilustrar una plataforma petrolera, y aquella misma noche soñé con ella. Descendía de nuevo en el batiscafo y por una ventanilla veía a los buzos colocando tuberías. Uno de ellos, el que nadaba sin equipo, era Igor Feréz. Desperté con el vuelo de una mosca cerca de mi rostro. Me sentí crudo, y sentado al borde de la cama pensé en ordenar el día. Quise avisar al profesor Melampus de la decisión de Igor de abandonar la ciudad. Fui por café, pero al pasar por el estudio rumbo a la cocina supe que algo

andaba mal. El vacío en la pared delataba la ausencia del cartel de propaganda chino. Sorprendido, grité de rabia. La chapa de la puerta se encontraba forzada. ¿A quién podía culpar del robo si no era al mismo Igor? Me inquietó pensar que el tipo se había metido a la casa mientras yo dormía. La idea me asustó, ya que podía esperar cualquier cosa de él. La pequeña planta carnívora continuaba en la mesa. Revisé cada rincón, cerciorándome que nada hiciera falta. Detrás del sofá se asomó su enorme portafolio, como un perro regordete esperando a su dueño. Él lo había olvidado en su borrachera, y me regocijé por aquello. Sin pensarlo demasiado vacié su contenido. Encontré sus libretas, con la escrupulosa descripción del planeta que soñaba construir, además de un par de discos de música clásica, copias de los futuramas que le había hecho, viejas revistas de ciencia y un maltratado sobre manila. Al abrirlo quedé estupefacto. Las polaroids del interior mostraban a chicas adolescentes bailando desnudas en un cuarto, como hadas, todas con un pañuelo rojo atado alrededor de sus cuellos. Eran al menos seis, y se veían muy contentas. Me sentí excitado, reí con morbo. En otra foto estaba Igor Feréz vestido con una túnica blanca. Aparecía abrazado con dos de ellas. Su rostro dibujaba una siniestra sonrisa. Solté una carcajada, me había sorprendido. Decidí olvidarme del robo, me bastó con conocer un aspecto íntimo de aquella persona, tan interesante y excéntrico como su mundo de plantas carnívoras.

\*

Una semana después se encontraron cinco cadáveres semienterrados en un invernadero a las afueras de la ciudad. De acuerdo con los reportes de la prensa, todos estaban cubiertos

por gruesas enredaderas mientras un ejército de insectos se daban un banquete con ellos. Eran mujeres jóvenes, les habían cortado el cuello. Fue un escándalo impresionante. Relacioné de inmediato la noticia con Igor Feréz, llamé a la policía y no estuve equivocado. Me pregunté en qué hubiera podido ayudarle cuando me lo propuso.

Gracias al doctor Melampus me enteré de otros detalles. Por supuesto que la planta que Igor me regaló aquella noche, y otras que encontraron en su invernadero, no se alimentaban de sangre humana. Al parecer son una rara especie primigenia. Un equipo de científicos encabezados por Melampus las estudian en espera de revelar sus secretos. Jamás pensé que ese tipo de seres tuvieran tanto poder de atracción. Ahora las encuentro fascinantes. Su forma tan poco convencional, anómala a decir verdad, es terrorífica y perfecta.

\*

Hasta ahora nadie sabe dónde encontrar a Igor Feréz. Es posible que ande en el planeta de las mandrágoras, inseminando la tierra para cosechar vainas gigantes y bailar toda la noche con la única ninfa que se sabe escapó con él. Su historia ha invadido los medios. La gente puede ver en varios programas de televisión, documentales, artículos, calcomanías, graffiti y playeras los rostros de Igor y sus chicas muertas. Existen también un par de canciones muy populares sobre el caso. De esta manera pudo convertirse en parte del futuro. Ni yo lo hubiera ilustrado tan bien.



COSMOS 13



*El tamaño y la edad del Universo nos hacen pensar que deben existir muchas civilizaciones tecnológicamente avanzadas. Sin embargo, esta creencia es inconsistente en su lógica debido a nuestra falta de evidencia observacional que la sostenga.*

Paradoja de Fermi



¶ EL COMUNICADO DE PRENSA conjunto de la NASA y la Agencia Espacial Europea fue estremecedor. Con un semblante serio, el vocero anunció que, a juzgar por la información recabada por la red internacional de telescopios espaciales y terrestres, las emisiones de radiación electromagnética intermitentes desde el planeta Kepler 20f y sus alrededores, ubicado a 1,000 años luz de la Tierra, revelaron por primera vez en la historia de la humanidad la presencia de vida inteligente en otro rincón de la galaxia. Al momento no se sabe con certeza qué aspecto físico tienen sus habitantes ni qué tecnología específica poseen, tampoco ha sido posible comunicarse con ellos ni existen indicios de que hayan detectado nuestra presencia. El anuncio, sin embargo, ha traído la discusión sobre quiénes serán los responsables de entablar el diálogo a nombre de la humanidad para conocer más sobre ellos, aunque el grueso de la comunidad científica está de acuerdo en barajar otras opciones, ya que después de todo ni siquiera sabemos si los miembros de esta sociedad extraterrestre estén interesados en nosotros. Por el momento, aunque la responsabilidad podría recaer en la Oficina para Asuntos del Espacio Exterior de la ONU, en especial su división conocida como UN-SPIDER (siglas en inglés de Plataforma para la Información sobre Administración de Desastres y Respuestas de Emergencia en el Espacio), lo cierto es que la NASA ya tiene lista una pequeña sonda espacial que sería enviada específicamente para realizar observaciones más detalladas

del planeta y mejorar la recepción de otros mensajes, mientras que los radiotelescopios del mundo dirigen sus objetivos hacia las coordenadas del astro, que tiene un radio 1.3 veces mayor al de la Tierra, ubicado en la constelación de Lira. Las transmisiones captadas al interior del enigmático planeta, que los astrobiólogos suponen son una forma de comunicación o el uso de alguna especie de maquinaria, aún quedan por ser analizadas, y quizá pasen décadas antes de ser descifradas. Pero otras cuestiones han salido a relucir por este hallazgo insólito desde la perspectiva espiritual, filosófica y cultural; la postura escéptica que ha guardado la Iglesia católica frente a la noticia, pidiendo más tiempo para que se compruebe la certeza de la información, ha resultado inquietante, en especial luego de que hace unos años el director del Observatorio Astronómico del Vaticano afirmara: “Al igual que existe una multiplicidad de criaturas en la Tierra, también podría haber otros seres, inteligentes, creados por Dios”. En contraparte, el célebre físico y divulgador estadounidense Paul Davies, director del Grupo de Postdetección de Ciencia y Tecnología del Instituto SETI (de las siglas en inglés para Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre) prepara su intervención durante la reunión de emergencia del Consejo General de las Naciones Unidas, a llevarse a cabo a mediados de este año, en el que exigirá se diseñe un protocolo formal para establecer el primer contacto, y ha hecho énfasis en los posibles beneficios que esta “nueva era”, como la ha llamado, podría traer para la humanidad. Mientras tanto, Internet se ha visto saturado con expresiones muy diversas de júbilo, esperanza o precaución, con miles de artículos, bromas, memes y discusiones, convirtiendo a los hashtag #kepler20f y #aliens en los temas populares de redes sociales por semanas.

Las muestras extraídas de la atmósfera de Venus han provocado enorme sorpresa entre los científicos. Aunque al principio pasó inadvertida, una minúscula criatura de apenas un cuarto de milímetro de diámetro se ha convertido en la primera prueba de vida extraterrestre en la historia. Fue descubierta en el interior de un receptáculo de la nave robótica *BepiColombo* de la Agencia Espacial Europea (ESA) tras una incursión en la atmósfera venusina. El ser, cuya clasificación taxonómica está aún por definirse, presentaba forma de burbuja antes de “desinflarse” en el interior del aparato, esto a juzgar por la flácida capa dérmica que quedó, y se puede apreciar lo que parecen ser una docena de cilios o filamentos que pudieron servirle como medio de locomoción o alimentación. El análisis *post mortem* ha revelado una rara constitución orgánica basada en enlaces de carbono y nitrógeno. Exobiólogos de la NASA no descartan que la nave pudo haber recogido cientos de especímenes similares, pero se habrían desintegrado durante el violento contacto con el brazo robótico o debido a las condiciones extremas del viaje de regreso a la Tierra. Se cree que “Bepi”, como ha sido bautizada por el equipo científico que la descubrió, es tan sólo uno de entre miles de millones de entes similares que habitan la densa capa de nubes que cubre su planeta, por lo que ya se diseña un sistema que pueda capturar más ejemplares sin causarles daño —un vehículo en forma de globo aerostático—. Grupos ambientales han levantado de inmediato la voz ante lo que consideran un atentado contra la naturaleza, y también han expresado su inquietud por la posible contaminación que pudiera provocar en la Tierra. Sobre esto último, la ESA aclaró que si bien se han seguido las más estrictas normas de

seguridad para evitarlo, en realidad la atmósfera de nuestro planeta es la que representa un auténtico peligro para esta clase de seres. Se estima que a finales de este año una misión internacional viajará a Venus para examinar *in situ* a estos organismos.

### 3

El primer mensaje que enviaron fue una fórmula. Un equipo interdisciplinario conformado por cerca de mil especialistas en matemáticas, computación, astrobiología y química lograron descifrar y sintetizar, tras 20 años de análisis de criptología y pruebas de laboratorio, la fórmula de una sustancia coloidal cuyas instrucciones de fabricación fueron enviados desde Kepler 20f, lo que constituye el primer intercambio de información con una mente alienígena en la historia de la humanidad. Este material, una especie de gel color amarillo cristalino, constituye una de sus fuentes energéticas más comunes según reporta la NASA, y forma parte del primer bloque de datos decodificado contenido en el llamado “Mensaje número uno”, la serie de radiotransmisiones emitidas desde el distante planeta. Aunque no se sabe con exactitud qué funciones y utilidad tiene en su lugar de origen, se trata de un elemento imprescindible para la supervivencia de sus habitantes, según se dedujo de acuerdo con el análisis de la transmisión, quizá de la misma importancia que el agua tiene para los seres humanos —por ello, el mensaje que se ha enviado en nombre de la Tierra, no ha sido otra cosa que la fórmula química del agua, aunque el rumor en la calle dice que es el de la Coca Cola—.

De acuerdo con especialistas, este compuesto extra-terrestre podría emplearse como uno de los más efectivos

combustibles para baterías eléctricas jamás inventado, pues se descubrieron en él propiedades electromagnéticas que podrían revolucionar la industria. De esta forma, las matemáticas y la química han demostrado ser, pese a la dificultad que representó, una especie de nuevo lenguaje común intergaláctico.

4

Hasta ahora se sabía que 55 Cancri e, ubicado a 40 años luz de la Tierra, era un planeta de carburo de silicio, pero los registros obtenidos por astrónomos europeos han revelado algo que escapa a toda lógica: el exoplaneta tiene un desplazamiento interno de sus placas tectónicas que sigue un ciclo determinado, y pudiera ser el indicio de una extravagante forma de vida. Aunque la superficie estaría cubierta por un vasto desierto de cristales y arena en movimiento perpetuo, los patrones que éste sigue dan muestra de precisión matemática. “Es como si grandes porciones del planeta funcionaran como una máquina”, informa el comunicado de prensa, “compuesta por megatoneladas de derivados del silicio que actúan como piezas de relojería orgánica en forma de un nudo o banda sin fin que cumple ciclos de seis meses, de manera independiente de su movimiento de traslación y rotación”.

5

Tras dos años de viaje, en 2005 la sonda espacial *Hayabusa* de la Agencia Espacial Japonesa entró en órbita alrededor del asteroide 25143 Itokawa. Durante dos meses obtuvo fotografías e información con cámaras, telescopios y espectrómetros sobre la forma, topografía, color y composición primaria de la

roca. Finalmente realizó una maniobra de descenso y aterrizó sobre la superficie, marcando un nuevo hito en la historia de la exploración espacial humana. Ahí, con la ayuda de un brazo mecánico, obtuvo pequeños fragmentos del suelo que cargó como muestras. Tras media hora de investigación, activó sus propulsores, despegó y se dirigió de vuelta a la Tierra. A pocos kilómetros de distancia, los miles de ojos que cubrían el cuerpo de un mecanoide esférico aferrado a otro asteroide observaron su partida. Éste había espiado a la *Hayabusa* desde su llegada.

## 6

La cuenta regresiva iniciada hace 50 años llegó a su fin. Desde el sorprendente anuncio preliminar de su arribo, los intensos preparativos para recibir a los visitantes procedentes de Kepler 20f resultaron todo un éxito. El hecho, que marca una nueva época en la historia de la humanidad, transcurrió en medio de un ambiente festivo, aunque con incidentes menores provocados por grupos de fanáticos religiosos y una ola de suicidios sin precedentes. Bajo una impresionante cobertura mediática y de seguridad, la recepción de las primeras delegaciones extraterrestres en las 10 ciudades del mundo seleccionadas fue motivo de júbilo. Cientos de miles de personas se dieron cita en los lugares de desembarco, y otras tantas los siguieron durante el recorrido hasta las estancias preparadas especialmente para albergarlos. “Nunca creí que viviría para contarlo”, opinó un anciano con lágrimas en los ojos. A pesar de todo, buena parte de niños, adolescentes y adultos jóvenes, quienes desde la escuela primaria fueron educados con la idea de su existencia y eventual llegada, parecieron menos impresionados que sus padres y abuelos,

entre quienes también persistía el temor a una posible invasión a gran escala. Las delegaciones, integradas cada una por grupos de 10 keplerianos descritos como “agentes diplomáticos”, se mostraron indiferentes ante tales manifestaciones. El portavoz de la NASA, uno de los organismos de enlace, explicó de antemano que esta actitud se debe a que en la cultura kepleriana no existen comportamientos en masa similares, aunque de ninguna forma lo consideran como hostil o de mal gusto. “Se mostraron muy curiosos e hicieron muchas preguntas al respecto”, indicó el oficial. “Manifestaron su agradecimiento, aunque dejaron muy claro que no harán declaraciones públicas”, agregó. El intercambio de mensajes entre los dos planetas, que se remonta a hace apenas un siglo, indica que el viaje que efectuaron desde su planeta natal inició hace 600 años terrestres.

7

La imagen de video en alta definición tiene que ser ampliada para apreciar a detalle el feroz comportamiento de los habitantes de los cielos de Júpiter. Una parvada de cientos de miles de esferas semitransparentes arrastradas con violencia por súbitos vientos huracanados. La oportunidad es aprovechada por una jauría de “zepelines”, animales flotadores cilíndricos de piel gruesa y translúcida, que se dan un festín al devorar a los minúsculos organismos que navegan a la deriva. De pronto, una de ellas empieza a emitir destellos de colores a lo largo de su cuerpo, lo que pone en alerta al resto de los zepelines; una medusa de unos seis metros de diámetro se aproxima a gran velocidad, dispuesta a cerrar el ciclo de la cadena alimenticia joviana.

## 8

Inspectores de sanidad clausuraron el campus de la Universidad de California en San Diego, declarándola en cuarentena luego de que se detectara la proliferación de una misteriosa bacteria similar a la causante de la enfermedad del Legionario (*Legionella pneumophila*), que se ha propagado con rapidez por el aire acondicionado y sistema de agua de los edificios escolares. La alerta sanitaria se ha extendido a la ciudad de San Diego, mientras el alcalde de esta ciudad negó los rumores que relacionan esta nueva variedad de bacteria con la presencia de alienígenas keplerianos, quienes realizan experimentos en los laboratorios del campus. Sin embargo, un fenómeno similar ha sido observado en las últimas 24 horas en otras ciudades donde se encuentran visitantes de este planeta, lo que ha obligado a la OMS a realizar una sesión de emergencia.

## 9

En las profundidades de un gran lago de Titán, unos animales parecidos a gigantescas arañas, de constitución cristalina, se reúnen poco a poco hasta formar una manada de poco más de mil ejemplares, que al intercambiar distintas intensidades de luminiscencia parecen enviarse mensajes. Sus cuerpos articulados giran en distintas direcciones al momento de desplazarse; unas pelean, otras se aparean. Algunas de ellas dejan una larga estela de diminutas burbujas que se solidifican y se unen para formar un tejido en forma de red con el que absorben nutrientes que emergen de cientos de ventilas hidrotermales en el fondo de aquella concentración de hidrocarburos. En las playas de la superficie, unos

musgos de color verde azulado cubren casi por completo una enorme roca; han tardado una semana en llevarlo a cabo y probablemente en un par de horas, con el cambio de temperatura y el aumento en el nivel del lago, la mayor parte se desintegrará. Entonces una minúscula parte de aquella colonia se hará cargo de volver a cometer su empresa.

10

En los últimos meses los centros de conversión voluntaria se han multiplicado en las ciudades del mundo. La cuota que exigen los keplerianos es que al menos 100,000 personas de cada país adopten su religión mensualmente. Así, cada hombre, mujer y niño que habite la Tierra deberá seguir al pie de la letra el credo kepleriano, un culto solar e híbrido esotérico que en opinión de los expertos resulta de una mezcla de creencias similares al culto faraónico del antiguo Egipto. A cambio, los científicos keplerianos ofrecen liberar por completo el código genético que asegure las cosechas de alimentos para resistir los embates climáticos y una cura definitiva para la extraña enfermedad causada por la cepa de la bacteria *Legionella*. De no satisfacer sus requerimientos, los ejércitos de Kepler 20f tomarán represalias. El radioastrónomo y premio Nobel inglés, Sir Martin Ryle, ya había advertido que no era tan buena idea enviar mensajes al espacio. Hasta el más optimista, Carl Sagan, tenía sus dudas al respecto.

11

Hace 20 años, cuando investigadores del Tecnológico de Massachusetts y la NASA reportaron que a 1,500 años luz se encontraba un planeta tan cercano a su estrella que

comenzaba a evaporarse, nunca imaginaron que sus conclusiones fueran demasiado apresuradas. Detectado por el telescopio espacial Kepler, la larga cola de desechos minerales y gaseosos —parecida a las de los cometas— que seguía al denominado KIC 12557548a, fue vista como un indicio de su desintegración; de acuerdo con sus cálculos iniciales, aquel planeta, no más grande que Mercurio, terminaría por desaparecer en 100 millones de años. La hipótesis era que la superficie, dado el calor extremo, se derretía y evaporaba, formando una corriente de viento junto con una densa nube de micropartículas. Sin embargo, al parecer los “restos” de KIC 12557548a se han “reorganizado” en una gran nube de al menos 6,500 kilómetros de diámetro —casi de la misma magnitud que Marte—. Una hipótesis indica que dicha nube podría tratarse de una entidad autónoma, una especie de vida de grandes proporciones. Su movimiento, que recuerda a una bandada de estorninos, se ha especulado como una agrupación de seres creados a partir de energía pura, aunque sin apariencia física clara. Quizá su mecánica de colonización sea tal como lo hizo con KIC 12557548a, para absorber sus recursos. “Podría ser una conciencia o entidad energética de proporciones galácticas con la capacidad de absorber la vida de planetas enteros, convertirlos en energía y seguir recorriendo el cosmos”, mencionó David Deutsch, astrofísico de la Universidad de Oxford.

## 12

Llegaron y se fueron, no hubo despedida. Aún no queda del todo claro cuáles fueron las verdaderas intenciones de la fugaz visita de los keplerianos. Lo cierto es que quizá, según especulan los astrobiólogos, sea parte de su comportamiento,

ya que sus formas y modales eran muy diferentes a los nuestros. Las ciudades donde abandonaron y destruyeron sus naves de desembarco son ahora zonas fantasmales que permanecen en cuarentena: al hacerlas explotar antes de irse, millones de fragmentos se esparcieron en un radio de varias decenas de kilómetros, emitiendo cantidades moderadas de radiación que se ha disipado poco a poco. Se han arrestado a individuos que, vestidos con trajes especiales, recorren estos vastos y desolados lugares en busca de *souvenirs* para venderlos a buen precio a los turistas y centros de investigación privados. Tal vez tardemos otro siglo en volver a saber de Kepler 20f, no lo sabemos con certeza, y de momento no se han vuelto a recibir mensajes procedentes de ese rincón de la galaxia. Mientras tanto, el combustible cuya fórmula compartieron está a punto de salir al mercado, y los vehículos y aparatos que aprovecharán sus bondades auguran un mejor futuro para la conservación del ambiente.

13

La energía equivalente a un centenar de bombas atómicas fue suficiente para darle el último empuje a la nave *Nellie* —del tamaño de un portaaviones—, con el que pudo alcanzar la nada despreciable velocidad de 30,000 km/s. Durante el viaje se había propulsado de esta manera, y ahora se trataba de las últimas cargas disponibles: no habría regreso a la Tierra. Cuando el vehículo se detuvo relativamente cerca de su destino, una estrella situada a 6.3 años luz de nuestro planeta, otro gigantesco resplandor avisó que la nave se disponía a reducir de forma dramática su velocidad. Marlow, la computadora maestra, hizo los cálculos para no estrellarse contra algún objeto interestelar; a esa velocidad en todo momento existía el

riesgo de un accidente. Cuando desaceleró 30%, de su interior surgió una nave similar, aunque más diminuta, disparada hacia el planeta objetivo, Kurtz-10b. Desde el interior de la nave nodriza, Marlow esperó a que la sonda estuviera cerca de la influencia gravitacional del exoplaneta y soltara doscientos módulos esféricos de reconocimiento; sólo 60 de estas pelotas robóticas alcanzaron el elusivo planeta. Al entrar en contacto con la superficie, los sensores de cada una empezaron a registrar las condiciones del lugar; se habían repartido en un área equivalente a África. Marlow envió al mismo tiempo un satélite que empezó a orbitar el planeta, recabando la información de las sondas para retransmitirla a la nave nodriza. Los resultados eran optimistas. Tal como se había confirmado por observaciones desde los telescopios en las Islas Canarias, el planeta, que tenía 2.4 veces el tamaño de la Tierra, albergaba una atmósfera con niveles de agua y oxígeno bastante similares al nuestro. Una de las sondas, situada en los alrededores del ecuador de Kurtz-10b, tomó la fotografía de unas formas en apariencia vegetales que semejaban árboles. Otra más grabó en video, apenas unos segundos, a una especie de gusano velludo que se arrastraba velozmente hacia el aparato. Aunque la primera parte de la misión apenas estaba completada, todos los hallazgos aún tenían que ser retransmitidos a la Tierra. Marlow envió la información a la primera de miles de sondas de comunicación dispersas a lo largo de su ruta por el espacio, como migas de pan que marcaban el camino de vuelta a casa. Sin embargo, aunque a la *Nellie* le había tomado cincuenta años de viaje, en la Tierra han pasado poco más de dos siglos de su partida, y transcurrirán otros dos para que llegue el mensaje. Los humanos que la enviaron originalmente ya no existen como tales, y los seres que conquistaron el planeta se mostrarán indiferentes a su llamado.

GREMLIN



¶ AQUELLA MAÑANA DE DOMINGO los gatos estaban inquietos. Manuel lo supo porque escuchó sus conversaciones. Pensó de inmediato en contárselo a su amigo, Valentín. El niño se asomó por la ventana y comprobó que era demasiado temprano para que alguien anduviera en el estacionamiento, lo cual significaba que era el momento perfecto para salir. Le dijo a su papá, casi en un susurro, que estaría afuera, en “el submarino”. El hombre que dormitaba en la cama apenas balbuceó dándose por enterado. Manuel decía que su progenitor se pasaba la mitad del día dormido, y la otra mitad buscaba a sus conocidos para pedirles dinero prestado. Desde que su mamá se había ido, papá andaba de mejor humor, aunque casi siempre corto de billetes. El negocio, según le decía, ya no era suficiente para mantenerlos. Manuel no sabía qué tipo de trabajo era, aunque no le daba mucha importancia.

Salió del edificio hacia la explanada llena de autos, todos cubiertos por una gruesa capa de rocío. El sol, que apenas asomaba por el horizonte, tardaría en calentar. Subió al parachoques de una camioneta para comprobar que nadie estuviera en los alrededores. Volteó la vista hacia el edificio de paredes blancas descascaradas, asegurándose que las ventanas tuvieran las cortinas y persianas echadas. Cuando estuvo seguro de que nadie lo observaba, empezó a caminar entre las hileras de autos e intentó abrir las manijas. El quinto coche que probó, un Honda color blanco, no tenía los seguros puestos. Abrió la puerta del conductor, se deslizó al interior

con rapidez y la cerró tras de sí muy despacio para que el ruido no lo delatara. El aroma con la mezcla de cigarrillo y perfume barato invadió su nariz. Hurgó por debajo del tablero y la guantera. Encontró cincuenta pesos en monedas, un billete de veinte, dos chicles y un USB que terminaron en los bolsillos de su chamarra. En la parte trasera estaban un suéter, una bolsa de cosméticos y unas gafas oscuras, objetos que no le parecieron tan valiosos como para llevárselos. Salió por la misma puerta, cerrándola con cuidado.

Continuó la revisión de otros autos, y cuando casi se daba por vencido la puerta de un destartalado Cirrus negro cedió en el intento. Pero al subirse notó que una persona envuelta en una gruesa cobija verde yacía en el asiento trasero. Asustado, contuvo la respiración en espera que ésta se levantara al notar su presencia, pero al parecer se encontraba profundamente dormida. Salió de inmediato con el corazón acelerado, cerró muy despacio y decidió que con el botín que llevaba era más que suficiente.

Caminó hasta el rincón extremo del estacionamiento para encontrarse con “el submarino”. El automóvil verde oscuro, un Gremlin modelo 77, según le había dicho su padre, estaba abandonado en el cajón de la señora Marcela, del 902. Dejado a su suerte hacía años por su hijastro, quien nunca pudo repararlo, tenía las llantas ponchadas y dejos de oxidación en la carrocería. Ahora les servía de refugio a él y a Valentín. Allí guardaban algunos juguetes e infinidad de objetos que habían recolectado durante sus incursiones por el condominio: piedras, bellotas, pedacería de plástico de colores, dulces, revistas, el álbum de estampas de fútbol. Bajo la sombra de un árbol y cubierto permanentemente por hojarasca, los cristales estaban polarizados y el parabrisas tapado desde el interior con cartones a manera de ventanas, así que era relativamente

fácil pasar desapercibidos en su interior. Aquel era el refugio perfecto. El secreto era entrar por el improvisado quemacocos que el dueño original le había instalado, el cual tenía un truco para abrirse desde afuera; imaginaban que se trataba de la escotilla de entrada.

Manuel entró al vehículo y se acostó en el asiento trasero. Echó un vistazo a las páginas de revistas y otros recortes pegados en el techo. Grupos de música, caricaturas de videojuegos, en especial de *Cosmos 13*, y por supuesto un póster del Barcelona FC. Se preguntó cuánto tiempo había planeado pasarse la noche en aquel lugar, como si estuviera en un campamento. Recordó que su padre siempre decía que a menos que fuera necesario evitara dormir en el interior de un auto, y lo decía por experiencia propia.

Pasaron apenas unos minutos cuando llegó Valentín con una mochila negra colgada a la espalda. Era un poco más alto que Manuel, de grandes dientes frontales y ausencia de colmillos, tez pálida rematada por una cabellera ondulada muy revuelta y una cicatriz en la frente, producto de haber estrellado la cabeza contra una ventana al hacerle un gran berrinche a su madre hacía un año. Se saludaron sonrientes chocando las manos. Valentín abrió la mochila, de la que sacó un par de sándwiches de mermelada envueltos en servilletas y dos jugos de caja.

—Los gatos dicen que algo anda mal —dijo Manuel mientras masticaba.

Valentín lo miró con seriedad. Sabía que su amigo escuchaba voces, aunque pensaba que era parte de un juego privado. Supo que esa vez era distinto.

—Está raro que lo digas —replicó Valentín mientras asestaba una mordida al sándwich—. Porque ayer en la tarde noche vi al científico y a una de sus ayudantes sacando bolsas de basura.

Manuel abrió los ojos sorprendido.

—¿Y luego?

—Lo de siempre, muchas hojas con números y dibujos. Pero ahora si están más locas, no manches.

Valentín hurgó en el interior de la mochila y extrajo varias hojas arrugadas de papel milimétrico naranja. Las extendió sobre su rodilla, las alisó y pasó a Manuel, quien las tomó emocionado. Una de ellas mostraba el dibujo de lo que parecía ser un denso bosque trazado con bolígrafo de tinta negra. Las miles de líneas que conformaban el follaje se acumulaban hasta casi oscurecer la hoja. Al acercar la vista y analizar con detenimiento, se podía observar que los surcos de los troncos de los árboles formaban rostros humanoides, alternando facciones retorcidas muy distintas unas de otras, con gestos de dolor o sonrientes, como si fueran gárgolas. Otra hoja mostraba lo que parecían ser fórmulas matemáticas junto con trazos de figuras geométricas y palabras escritas en un idioma que no pudieron reconocer.

—*Ad nature imitationem herbarum vivae...* ¿qué dice? Está re-loco.

—Y hay más de estas, un chorro —añadió Valentín mientras apuraba el sándwich—. Cuatro bolsas grandes, llenas. Vamos a verlas.

Terminaban los jugos cuando una silueta apareció tras los cristales del auto. “¡Oigan!”. La voz femenina los asustó. Sorprendidos, guardaron silencio esperando que la persona se alejara. “Salgan de ahí, ya, por favor”. La mujer golpeó con los nudillos en el medallón. Era una de las ayudantes del científico, envuelta en la cobija que Manuel había visto en el interior del auto negro. A simple vista la mujer podía parecer más joven, pero las arrugas en sus ojos y la voz delataban a alguien mayor. “Niños, necesito pedirles un favor, anden”.

El tono amistoso los convenció. Se miraron uno al otro, y empujados por la curiosidad treparon por la escotilla. Al estar frente a ella notaron las enormes ojeras en su pálido rostro. Sus ojos eran de un verde muy claro, casi amarillo. El cabello, de un rubio apagado, tenía días sin lavarse.

—Se me quedaron las llaves de mi departamento, ¿me ayudan a subirse por la ventana de la cocina? Está en el primer piso, no hay problema.

—¿Tú vives aquí? ¿Por qué no le tocas al doctor? —Manuel se aventuró a preguntar con genuina curiosidad. Hasta donde él sabía, el científico, un hombre que tendría la edad de su abuelo, era el único quien vivía en aquel lugar. Ella y muchas otras mujeres que pasaban por ahí diariamente eran sus “ayudantes”, o eso era lo que todos los vecinos le decían a los niños. En realidad le decían “científico” o “doctor” porque siempre llevaba una bata blanca de laboratorio a cuestas, pero nadie sabía qué era lo que hacía exactamente. El sujeto huraño de aspecto nervioso, aunque educado, prefería no tener relación alguna con el resto de la gente.

La pregunta de Manuel pareció incomodar a la mujer, quien se agachó para verlos directamente a los ojos.

—Si no me ayudan le diré a todos que ustedes son los que se meten a robar en los coches. Y la policía se los va a llevar al tutelar.

Los ojos de Valentín se desbordaron de lágrimas y en voz baja y suplicante murmuró “no, por favor, no le diga a mi mamá, ya no lo hago, se lo juro”. A Manuel también se le humedecieron los ojos y sintió una opresión en el pecho. La idea de que su padre se enterara de lo que hacía lo llenó de pánico. No porque le pegaran, como la mamá de Valentín, o por lo del tutelar, que era mentira pues apenas eran niños, sino porque su padre insistía demasiado en no meterse en

problemas con la policía. Había dicho alguna vez que aquello no le ayudaría en su negocio.

—Ya, ya, calma, calma —la mujer se puso nerviosa ante la reacción de los niños y volteó la mirada a todos lados—. Sólo ayúdenme y olvidamos eso, ¿sale? Será rápido. Órale, vengan.

La siguieron hasta la parte posterior del edificio, limpiándose las lágrimas y mocos con las mangas de sus chamarras. Los patios de lavado, privilegio de los pocos departamentos del primer piso, estaban llenos de jaulas de ropa oxidadas, desperdicios y maleza. El departamento del científico estaba en el extremo que daba a la gran barda que delimitaba el condominio, y su patio destacaba por tener una malla ciclónica cubierta con cinta verde. La mujer abrió una puerta en el enrejado, que parecía haber sido forzada, y entraron. El pequeño patio contrastaba con la decadencia que lo rodeaba, con el pasto perfectamente cortado. Por un instante, y a pesar del espacio tan limitado, el propio Manuel se imaginó jugando fútbol en aquel sitio. La ventana abatible de la que debía ser la cocina estaba entreabierta. Entre ésta y la cortina que bloqueaba la vista al interior, había dos delgados barrotes horizontales que habían sido doblados, dejando entre ellos un espacio un poco más amplio. En el suelo, junto a una gran hielera azul, estaba un pequeño gato mecánico de tijera, usado seguramente por la chica para separarlos. Ella dejó caer la cobija verde que la cubría. Estaba vestida sólo con una camiseta y leggins negros. Caminaba descalza.

—¿Cabe tu cabeza? —preguntó la chica a Manuel, y puso sus manos sobre la testa del niño para medirla, comparándola luego con el hueco entre los barrotes. De inmediato arrastró la hielera hasta la orilla de la ventana, y con un ademán instó a Manuel a que subiera sobre ésta. Él obedeció, pero antes que apoyara su rodilla en el estrecho alféizar de la ventana para empezar a meterse, la mujer lo detuvo.

—Sales de la cocina, y a mano derecha hay un pasillo. Está oscuro, pero hay un interruptor en la pared. Te sigues derecho hasta la sala. Luego a la izquierda vas a ver la puerta de entrada, le quitas los cerrojos y abres. Ahora, ponme atención. —Sus ojos parecieron tornarse de un verde intenso. Manuel, resignado, lo único que deseaba era que todo aquello acabara—. Por favor, en serio, no toques nada. Nada. Vas a escuchar ruidos, no les hagas caso, no importan, tú a lo tuyo, ¿sale?

—Ya no nos vamos a meter a los coches, te lo juro.

—Tú no te preocupes, no le voy a decir a nadie. Es más, les pago a ti y a tu amigo. Sólo no hagas caso de los ruidos, es importante, no los peles.

Manuel miró al también afligido Valentín, asintió y empezó su tarea. Metió primero los brazos, empujando la cortina, y al ladear la cabeza comprobó que la separación entre los barrotes apenas era suficiente. Deslizó el resto del cuerpo y tras apoyarse sobre el fregadero, se contorsionó hasta quedar sentado en la cubierta adyacente.

—Bien, bien, al pasillo, rápido, —le dijo la mujer entusiasmada tras la ventana—. Te esperamos en la puerta.

Lo que llamó su atención no sólo fue la cantidad exagerada de plantas que atestaban el sitio en gran variedad de especies y tamaños, sino también que no estuvieran colocadas en macetas, sino en frascos de vidrio y bolsas transparentes que colgaban de las paredes. Las raíces descansaban sumergidas en un gel amarillo translúcido, cuya tonalidad le recordó el cabello de la mujer. El intenso aroma dulce y cítrico que inundaba el lugar le trajo un fugaz recuerdo de la casa de una de sus tías. Abrió la puerta que daba al pasillo. La oscuridad tan intensa no le animó para asomarse. Buscó el interruptor a tientas y encendió la luz.

Los tallos y raíces eran tan gruesos que parecían tuberías. Descansaban sobre pilas de libros y revistas debidamente ordenadas a la altura de su cabeza, formando otro muro, apretujadas contra las paredes a lo largo de aquel estrecho corredor que parecía mucho más largo de lo normal. En las paredes colgaban más bolsas con gel, de las que emergían raíces muy delgadas y lo que parecían finísimos cables multicolores, todos adheridos a los tallos más grandes. El niño caminó despacio, tratando de descifrar los títulos en los lomos de los libros, la mayoría en inglés y lo que dedujo era chino —Valentín le había explicado la diferencia con el japonés y el coreano—, y algunos otros idiomas que desconocía. Al fondo del pasillo, apenas iluminado por el resplandor de los focos, se podía observar el muro y los muebles de la sala. Se sintió aliviado cuando alcanzó el marco de la entrada.

Al encender la luz, pensó que el bulto color verde oscuro era una mesa de centro. Le vino de golpe la imagen de la cobija que cubría a la ayudante del científico. Rodeado por un par de sofás que lucían como nuevos, de uno de los extremos emergía un grueso tallo, cuyas ramificaciones se unían al resto de las raíces que trepaban a las paredes, muchas de las cuales tenían colgadas etiquetas de colores. Al tocarlo, la consistencia fibrosa le recordó las hojas de una mazorca, y escuchó de inmediato un murmullo, que primero confundió con el zumbido que hacen los refrigeradores. Después de unos instantes comprendió que aquel susurro era en realidad una especie de melodía: la entonaba alguien, o algo, desde el interior de aquel envoltorio.

Se quedó inmóvil, con la respiración agitada. Volteó la vista a la puerta con cerrojos a su izquierda y caminó hacia ella. Ofuscado por el temor, tardó un poco en abrir las cerraduras, encontrándolas muy duras al momento de

manipularlas. Cuando finalmente pudo salir se encontró de frente con Valentín y la mujer.

—Nos va a dar mil pesos si la ayudamos a cargar —explicó emocionado su amigo, quien parecía mucho más tranquilo que antes.

—Gracias, corazón —dijo ella mientras le extendió un billete de quinientos pesos, que Manuel, pese a lo agitado que estaba, tomó en automático—. Ni una palabra de todo esto, por favor.

—Hay algo ahí —exclamó Manuel al revisar el billete a contraluz y ser empujado gentilmente por la mujer, devolviéndolo al departamento junto con su amigo.

Tras cerrar la puerta principal, ella se dirigió al bulto, se hincó ante este, lo abarcó con los brazos y pegó su oído a la superficie. Manuel escuchó de nuevo aquel zumbido, aunque esta vez la compañía de Valentín lo tranquilizaba. Notó que el sonido tenía un ritmo constante, cadencioso.

—¿Lo escuchas? —susurró a su amigo, quien asintió con la mirada perdida en la escena—. Parece una canción para dormir.

La mujer se puso en pie y se dirigió al extremo opuesto de la sala, donde se encontraba otra puerta que parecía ser el baño. Del interior salió blandiendo un serrucho. —Tápense los oídos —ordenó mientras empezaba a cortar el tallo.

Los niños obedecieron de inmediato.

El sonido empezó a elevarse con una nota aguda, como el llanto de un bebé, que les erizó la piel. Cuando la mujer terminó, de los extremos libres manó una sustancia viscosa color marrón. El aroma que desprendía era intenso, similar al de la miel, y Manuel pensó que bien podía ser una especie de caramelo. Regresó rápidamente al baño y trajo de vuelta pedazos de alambre con los que amarró los extremos, cortando el flujo de aquella sustancia.

Pese a su aspecto, el bulto no era tan pesado, aunque les tomó cierto esfuerzo arrastrarlo hasta el auto negro y depositarlo en la cajuela.

—¿Y eso qué es? —preguntó Manuel, mientras la mujer subía al asiento del conductor.

Ella suspiró, encendió el auto. Pareció meditar la respuesta. Parecía afligida.

—Es el futuro...Pórtense bien.

Vieron el auto que se alejaba, salía del estacionamiento y tomaba la desierta calle principal. El esfuerzo los había hecho sudar, y el sol ya estaba en plenas funciones. Todo estaba en silencio, la quietud del domingo siguió imponiéndose en el lugar.

Discutieron qué hacer con el dinero mientras regresaban al submarino. Valentín compraría una licencia de *Cosmos 13*. Manuel le daría la mitad del dinero a su padre, aunque no sabía bien cómo justificar la inesperada entrada de efectivo. Pensó en decirle la verdad, pero sólo a medias. No tendría por qué saber que había estado dentro de aquel lugar, el invernadero de un doctor chiflado.

Pasaron apenas unos minutos cuando el estruendo de las sirenas desbarató el encanto dominical.

Tras las camionetas artilladas de la policía, de las que surgieron una docena de agentes armados y con máscaras antigás que rodearon el edificio, un grupo de hombres enfundados en trajes de plástico color blanco y cubrebocas bajaron de un gran remolque.

Aunque limitada, la visibilidad de sus prismáticos de juguete les permitió observar la operación. Minutos más tarde, los hombres de blanco entraban y salían con varias de las bolsas con plantas que habían visto en el departamento del doctor.

—Creo que mejor no decimos nada.

Manuel volteó la vista hacia el frasco que tenía en el tablero del auto. La planta carnívora con las fauces abiertas parecía recordarle que era mejor dejarlo así.



# EL PLANETA DE LOS PERROS



¶ ENTRE LOS RECUERDOS infantiles del gordo Fontana, además de la televisión en la tarde, estaba aquel enorme tapiz colgado en la sala del abuelo. Cinco perros de razas distintas, sentados alrededor de una mesa, juegan a las cartas y beben alcohol. Desde muy pequeño se obsesionó con aquella imagen. Le fascinaba, y todos los días se preguntaba si aquello formaba parte de alguna caricatura extranjera que no conocía.

Existía otra versión de aquel tapiz. Se trataba de la misma pandilla de perros jugando billar. Aquella ilustración era la que colgaba en el estudio donde el abuelo había muerto.

Con el tiempo, Fontana se dio a la tarea de coleccionar aquellos lienzos en todas sus variantes: la banda de canes jugando boliche, asoleándose en la playa, jugando dominó. Una vez que tuvo en su poder la serie completa, a la que se refería como “El planeta de los perros”, se sintió orgulloso porque para él esas imágenes envolvían un mensaje oculto para la mayoría de los mortales. Se trataba, ni más ni menos, de crudas representaciones del mal absoluto: escenas de la conquista de la Tierra y sus habitantes, de un tiempo en el que el miedo, en su sentido más puro, se instalaría con toda su fuerza en sus absurdas y monótonas vidas.

Todos creían saber lo que había ocurrido en el edificio de la calle Balmer, pero nadie tenía explicaciones para ello. Los

más despistados, entre los que se contaban sujetos como repartidores de volantes, llegaban al edificio y hacían sonar los timbres de los departamentos sin que nadie atendiera la puerta o el interfón. Algunos de ellos entraban y se internaban en los pasillos para entregar sus folletos. Tras unos minutos de estar ahí, con la humedad penetrando en sus narices, salían con rapidez al imponerse en ellos aquel silencio espectral.

Los más audaces se asomaban por las ventanas y confirmaban que, en efecto, todos los muebles y decoraciones seguían en su lugar. Incluso las pertenencias más íntimas de quienes habitaban aquellos departamentos parecían estar a la espera de que sus dueños aparecieran: llaveros, ropa, basura, todo tipo de evidencias de lo cotidiano permanecían congelados en el tiempo. Por supuesto, había unos cuantos que juraban que en las mesas aún se encontraban servidos platos con comida y que, por alguna razón, los platillos permanecían sin descomponerse.

Una noche de octubre las setenta personas que habitaban el lugar se habían esfumado sin dejar rastro, aunque tomó un par de semanas para que la gente de los alrededores se percatara de lo ocurrido. Ni cómo culparlos: la rutina de los días y las presiones diarias podían hacer invisibles a los demás. De manera irónica, no fueron los parientes o los vecinos de la cuadra quienes notaron la ausencia de tal cantidad de gente, sino la señora de la tienda de la esquina quien dio la voz de alarma.

Aquello comenzó como un rumor, y muy pronto el suceso terminó convirtiéndose en una gran noticia a nivel nacional. Hasta periodistas extranjeros se aparecieron en el lugar para dar testimonio.

Desde entonces, todos los días se formulaban las más diversas hipótesis para resolver el misterio, pero nadie daba con la solución. Salvo el gordo Fontana.

Hambriento de aprobación, cuando niño quiso ser mago para impresionar a sus padres y amigos. Treinta años después, con dos matrimonios fallidos, un hijo hiperactivo y una úlcera sin tratar, Fontana se encontraba sin esperanzas, siempre estirando el gasto y sus ilusiones para el futuro. Pero a últimas fechas el asiduo lector de libros esotéricos y novelas de detectives pensaba que el destino lo había llevado a vivir justo frente aquel fatídico edificio. De vez en cuando le reconfortaba saber que su bendita madre no había vivido lo suficiente para enterarse de la tragedia: una de sus mejores amigas se había esfumado en aquel sitio, y seguro la noticia la hubiera deprimido mucho.

En secreto, Fontana envidiaba la suerte de aquellas personas, pues sospechaba que quizá ahora conocían un lugar mejor que el desdichado planeta que él habitaba. Desde la ventana de su cuarto solía contemplar por horas la sombría construcción que ostentaba un enorme cartel de bienes raíces; desde lo ocurrido, hacía casi un año, nadie se atrevía a desalojar las pertenencias de los desaparecidos para habitar en sus departamentos.

Escribía en su diario hasta muy entrada la noche, pensando en las múltiples teorías acerca de lo sucedido. Tenía motivos para pensar que todo aquello había sido por culpa suya: el último tapiz de perros, aquel que completó su colección, lo había adquirido en el departamento de un anciano situado en el fatal edificio.

Encendió la radio, los noticieros le recordaron el próximo aniversario de tan extraño suceso.

4

Fontana acaba de cumplir once años. Durante semanas le ha contado al abuelo que de grande será mago, el mejor del mundo, y que lo sorprenderá con sus trucos. Comienza con las rutinas clásicas: adivinar cartas y la aparición de los elementales pañuelos de colores. Cada semana aprende un truco nuevo hasta que por fin sólo le falta desaparecer algún objeto, algo de buen tamaño o, en su defecto, algún conejo, paloma o persona.

Aquel mal día el abuelo llegó temprano de la calle. Descubrió que el estudio estaba cerrado con llave. Tras forcejear un rato, le vino el dolor en el brazo. Su frente se llenó de sudor. Cuando consiguió abrir, se encontraba muy agitado. Lo primero que pudo notar fue que el enorme tapiz de los perros jugando billar no estaba en su lugar. Escuchó ruidos en el baño. Para entonces sudaba copiosamente. Justo al intentar girar la perilla, salieron disparados cinco perros de todos tamaños y colores, seguidos por Fontana, quien no pudo contenerlos y les gritaba que se quedaran quietos.

El impacto de la sorpresa superó al abuelo, quien cayó al piso como un bulto.

5

Horas antes de cumplirse el primer aniversario de los sucesos que conmocionaron a la ciudad y al país, Fontana consulta entre sus libros de magia. Es interrumpido por una vecina, quien toca a la puerta para invitarlo a la misa en honor de los desaparecidos. Tras despedirla groseramente, su hermana le llama por teléfono para pedirle que no salga de la casa, ya que teme por él. Con mueca de hastío, Fontana cuelga el aparato.

El teléfono repiquetea de nuevo: la madre de su hijo, sin dejarlo decir una sola cosa, le exige el gasto del mes. Afuera se escucha el murmullo de una multitud.

Estresado, teléfono en mano, se asoma a la calle y observa un centenar de personas congregadas frente al edificio fantasma; llevan veladoras encendidas y algunas pancartas que exigen aclarar el caso. Fontana corta la llamada en medio de los gritos de su ex. Decide ir a la cocina a prepararse un té. Al volver con la taza humeante se percata de que los manifestantes se han ido. Al principio, piensa que se han dispersado, pero los gritos y las sirenas al cabo de unos minutos le hacen saber que la historia se ha repetido.

6

La desaparición de los manifestantes tiene paralizada a la nación. Muchos piden que el edificio sea demolido, pero los parientes de las víctimas se oponen, ya que no pierden la esperanza de encontrar sobrevivientes. Los oportunistas piden la destitución del alcalde. Las redes sociales arden. El gobierno, en todos sus niveles, envía torpes y contradictorios comunicados de prensa. Un comité civil pide públicamente a cualquier científico, espiritista o quien sea que aclarare lo sucedido. Una cifra de seis ceros y en dólares acompaña la convocatoria para quien encuentre a todos.

A diferencia de la mayoría de los que acudirán al llamado, a Fontana no le interesa el dinero. Quizá ha sido el té, o la llamada simplona de su hermana o las responsabilidades que no puede cumplir para con su hijo. Esto último toca una fibra sensible, su mente se ilumina. Llama por teléfono al número 800 que se repite por radio, televisión e Internet y se apunta para una cita.

La fila frente a las oficinas del ayuntamiento es un circo de excéntricos: hombres con máquinas de lo más complejo, turbantes, batas de médico y yerbas aromáticas. Unos leen, otros rezan, varios discuten sobre la eficacia de sus métodos. Por alguna extraña razón, Fontana se siente en su elemento. Hacía mucho, pero mucho tiempo que no se sentía con la situación bajo su control. Quizá por eso es el único que sonríe.

Al llegar su turno, lo pasan a una gran sala donde varias personas bien vestidas discuten acaloradamente alrededor de una larga mesa. Entre ellos distingue al alcalde de la ciudad y al gobernador del estado. Sabe que tienen miedo. Todos callan al observar su gruesa figura entrar por la puerta. Lleva una gran mochila a sus espaldas, y sobre su hombro carga un tapiz enrollado, mismo que extiende en la mesa ante la mirada sorprendida de los concurrentes. Les cuenta una historia apasionada sobre su peculiar obsesión, apoyada por una teoría que llama “simetría total”: el tapiz no es otra cosa que una ventana a otra dimensión, una frontera sobre la que pesa el equilibrio entre nuestro mundo y “el planeta de los perros”. Escucha un carraspeo y una débil risa. Acto seguido, de la mochila saca un espejo y la postal descolorida de una playa nacional. Se escucha de nuevo el carraspeo entre los asistentes; no es la primera idea disparatada que escuchan.

—Los tapices de mi colección son portales del tiempo y el espacio que operan a nivel cuántico; los perros son configuraciones matemáticas, como programas de computadora. Piensen en ellos como un espejo capaz de tragarse nuestro mundo... —Coloca la postal frente al espejo. —¿Comprenden?

Solicita entrar al edificio en cuarentena —resguardado por la policía—, para encontrar el departamento del anciano donde compró su tapiz y colocarlo de nuevo en su lugar.

—Es una pieza imprescindible en el rompecabezas del mundo —explica con determinación.

Todos le observan incrédulos. Al final, entre murmullos, le dan las gracias y le dicen que le llamarán más tarde, cosa que, sospecha Fontana, nunca sucederá. Decide entonces hacer las cosas a su manera.

8

La cuadra está cerrada a la circulación, las autoridades no quieren arriesgarse. Tras las vallas de seguridad, cientos de personas se reúnen para tomarse fotografías en el sitio o esperar a que cualquier otra cosa suceda. Muchos desean secretamente desaparecer como lo han hecho tantos. Fanáticos religiosos y ufólogos discuten casi hasta los golpes. Cualquiera pensaría que hay un carnaval en octubre.

En medio de la confusión, Fontana logra abrirse paso. Aún carga el tapiz de los perros sobre su hombro izquierdo y la mochila a su espalda. Un policía intenta detenerlo pero el gordo saca su credencial que lo acredita como vecino. Antes de llegar al portón de su edificio desvía sus pasos; el lugar está vigilado pero no lo suficiente: ningún policía se acerca demasiado a la entrada, todos temen desaparecer, así que fácilmente logra traspasar el umbral del sitio embrujado.

Al entrar percibe un extraño olor a especias que le recuerdan la cocina de su madre. Quizá los condóminos aún se encuentren por ahí, pero sean invisibles para todos. Se recuerda comprar aquel libro sobre multiversos y teoría de cuerdas. Entra a los departamentos uno por uno; todas

las puertas están abiertas. Se sienta en los sofás, prende los televisores, salta en las camas, husmea entre los roperos, busca pantaletas entre los cajones, grita, se estremece: sólo el lejano ruido del tráfico de los alrededores le responde.

Al fin llega al departamento del anciano que le vendió el telar. El lugar se encuentra ordenado exactamente como lo vio por última vez. La pared donde se colgaba la pieza sigue desnuda. Fontana suspira, examina el sitio, hace mediciones. Revisa las páginas de su diario donde ha hecho los cálculos. Saca clavos y un martillo de su mochila. Entonces empieza a colgar el tapiz, pero al golpear el primer clavo se detiene. Piensa en la oportunidad que está aprovechando, la que seguramente lo convertirá en el héroe de la ciudad. Sueña despierto por unos segundos. Es entrevistado en la televisión y la gente lo reconoce al pasar por la calle. Las mujeres se le insinúan. Incluso contesta un par de preguntas que le harán los reporteros y hace una lista minuciosa de agradecimientos, encabezada por el nombre de su madre por supuesto.

Pero aquello es demasiado bueno para ser cierto. Suspira profundamente y quita el clavo. Tiene una mejor idea. Comienza a colgar el tapiz con la ilustración enfrentada hacia la pared.

9

En cuanto Fontana termina de clavar la última orilla del telar, un anciano detrás de él le reclama su lentitud. Fontana salta espantado y chilla del susto, pero al poco rato trata de controlarse. El viejo es real. Sale de inmediato al pasillo, ignorando las protestas del recién aparecido. Al caminar escucha los ruidos y murmullos que delatan la inequívoca presencia humana: el llanto de un niño, música, el choque de trastes de cocina, pasos, muebles que arrastran, diálogos

y ruidos procedentes de televisores. El anciano lo sigue de cerca, insistiendo en la compra de otros tapices.

Fontana sale a la calle. Camina un par de cuadras. Allí, en contraste, todo está en silencio. Alcanza una de las avenidas principales y comprueba que, salvo los semáforos que parpadean intermitentes, no hay movimiento, todo está vacío; los últimos habitantes vivos se encuentran en el edificio mágico.

Fontana por fin puede reír, su mejor truco ha funcionado. El abuelo estaría orgulloso de él. Se estremece al escuchar estruendosas carcajadas que vienen de la esquina. Acude al lugar de inmediato y observa una escena que lo paraliza. Un grupo de perros, parados en dos patas, parecen conversar mientras beben latas de cerveza. Al mirarlo interrumpen su charla y lo observan detenidamente. Fontana intenta sonreír, pero la postura antinatural de los canes lo estremece. Ellos se acercan al visitante con cautela. Lo último que se escucha son los gritos desesperados del gordo al pedir clemencia.



LE GANARON  
LOS LOBOS



¶ EL CUADRO QUE COLGABA en la pared de mi estudio era la reproducción del pasaje bíblico del león filisteo. Originalmente estuvo en el despacho de mi abuelo por muchos años —lo compró en una tienda de antigüedades según decía—, y después lo heredé. Pocos tienen recuerdos de este cromó, que estoy seguro se le podía encontrar impreso en viejos calendarios, copias fieles de un gran óleo expuesto en el convento de San Francisco, en Zacatecas —destruido en 1924, cuando se derrumbó la bóveda de su capilla a causa de un temblor.

Resulta ser que el felino ahí mostrado es uno de los tres animales con capacidad de hablar que se encuentran en el Antiguo Testamento: los otros dos son la serpiente del Edén y el asno propiedad del mago Balaam. Se le menciona en el primer libro del rey Samuel, cuando su hijo Jonatán, durante la batalla del monte Gilboa, buscó una cueva donde los filisteos escondían un gran tesoro. El joven príncipe descubrió que la entrada era custodiada por un enorme león que devoraba con avidez a un carnero. Envalentonado, Jonatán desenvainó la espada para hacerle frente. Pero el feroz animal, postrado a un lado de su comida, le dijo con desdén: “Primero encárgate de las bestias”. Dicho esto continuó alimentándose. Jonatán se disponía a contestarle, cuando se percató que atrás de él estaban cuatro lobos en posición de ataque, quienes terminaron con su vida.

La pintura más antigua de esta moraleja sobre la ambición se titula *Jonatán y las bestias filisteas*, de Assidoro Marto, artista italiano del Bajo Renacimiento, expuesta en el Museo del Louvre. Se sabe que en las casas y negocios de los banqueros y prestamistas de aquella época solían colgarse copias de esta escena para cuidar su dinero y bienes. La expresión “león filisteo” fue muy usada para referirse a quienes guardaban celosamente sus ahorros, y siglos después se abrió paso hasta América; más de una vez la escuché en boca de mi abuelo y en pláticas de cantina. De la misma manera, la frase “al príncipe siempre le ganarán los lobos” se usaba cuando asesinaban a cualquier líder político de manera sorpresiva, y por supuesto en la jerga militar significaba una emboscada. En un ejemplar de 1914 del periódico *El Siglo* que conservo en casa, se puede leer la hoy famosa crónica titulada “Le ganaron los lobos”, donde se narra la muerte de Francisco Villa en Zacatecas, traicionado por el general Felipe Ángeles, en medio de la desastrosa incursión rebelde a esa ciudad. Curiosamente, la famosa imagen que muestra el cadáver del bandido, rodeado por cuatro comandantes y el general Medina Barrón, tiene cierta reminiscencia con el “el león filisteo”, por la idéntica distribución de los personajes en la escena.

A sugerencia de mi hijo decidí comercializar la imagen que tanto me obsesionaba en forma de carteles y rompecabezas, integrándola al catálogo de nuestro negocio de venta en línea. Así fue que, mientras enviaba a imprenta los respaldos digitales, me di a la tarea de rastrear al verdadero autor de esta versión. Aunque no pensaba pagar un solo centavo por los derechos, pues asumía que dada su antigüedad era libre de hacerse cualquier cosa con ella, también me entusiasmaba pensar que se trataba de una de esas obras maestras perdidas o robadas de algún gran museo. Tras consultarlo con una

docena de expertos en arte y rastrearlo en Internet, me enteré que el tema era poco conocido, aunque había sido objeto de una tesis de posgrado en Italia, y al menos dos páginas electrónicas dedicaban breves artículos al respecto, con información meramente superficial.

*Estimado señor, agradezco la fotografía que me ha enviado del cuadro, admiro su conocimiento sobre el tema. Puedo decirle que a simple vista no he reconocido al posible autor de esta versión, y a juzgar por su estilo, no dudo que sea copia de algún oscuro pintor del siglo xvii. Sólo un examen exhaustivo de la pieza nos revelaría alguna prueba de su origen y detalles más específicos. Sugiero acuda de inmediato a un comisario profesional para tal efecto.*

Tuvieron que transcurrir un par de meses hasta que obtuve una entrevista con el curador del Museo Nacional de Arte, quien tras una llamada telefónica a mi hogar amablemente se ofreció a analizarlo. Para entonces ya tenía en el almacén de la imprenta un centenar de cajas del rompecabezas, y además de un millar de copias en láser que aguardaban a ser enmarcadas.

—Me enteré que ya consultó en el extranjero —me dijo el curador con cierto nerviosismo el día de nuestra reunión, mientras examinaba la pieza bajo una gran lente de aumento. Al oír estas palabras, mi mente empezó a calcular cantidades en dólares, e incluso pensé en los términos de una inminente negociación—. Hice algunas llamadas, sabe. Y me tomé la molestia de invitar a algunas personas de la embajada de Estados Unidos.

La palabra “invitar” fue pronunciada de manera forzada, y me miró unos instantes, como pidiendo comprensión. El personal diplomático al que se refería llegó después de unos minutos, y aunque amables durante su presentación, se mostraron severos al tener frente a ellos el cuadro.

—Señor, es posible que usted mismo pintara la pieza —afirmó convencido uno de ellos en perfecto español, observándome directamente a los ojos.

—Imposible. Ni siquiera sé dibujar —dije extrañado ante su actitud.

—Señor —insistió—, usted mismo pintó la pieza, no se hable más —concluyó.

Así fue como confiscaron la obra sin dar más explicaciones, y en menos de una hora recibí una llamada del encargado de la imprenta, avisándome que había llegado un grupo de hombres a bordo de un camión con órdenes judiciales de requisar los rompecabezas y carteles, así como borrar cualquier rastro del respaldo digital. Me enteré después que también toda alusión al león filisteo que conocía había sido eliminada de Internet.

*Estimado Señor, la obra que usted refiere, 'Jonatán y las bestias filisteas', del artista Assidoro Marto, fue retirada de nuestra colección renacentista hace más de seis décadas para ser restaurada, pero durante el proceso se dañó seriamente al momento de trasladarla a nuestros talleres. No se encuentra incluida en nuestro inventario desde entonces, y no se tiene registro de su ubicación actual.*

Al volver a casa, me di cuenta que algo no estaba bien. Aunque las habitaciones presentaban el mismo aspecto de antes de salir, había indicios apenas perceptibles que delataban la intrusión de desconocidos. Me senté frente al escritorio resignado, abrí cajones para revisarlos y le eché un rápido vistazo a los libreros y repisas en búsqueda de algún faltante. En un rincón, aplastado entre dos pequeñas y gruesas tablas de madera, encontré el antiguo ejemplar de *El Siglo*. Me llamó la atención no encontrar la crónica de la muerte de Villa en ninguna de sus páginas, salvo los detalles de la heroica defensa

de la ciudad por las fuerzas federales y la trágica derrota de la División del Norte.

Cuando le comenté a mi hijo los pormenores del caso, se limitó a decir que habíamos tenido la suerte de no perder tanto dinero por las impresiones decomisadas, y también por supuesto que el asunto de los gringos no hubiera sido tan grave. Al mencionarle sobre la crónica perdida en las páginas del periódico, meneó la cabeza sonriente.

—Ay pa, a lo mejor te lo imaginaste, ¿o qué? Pero bueno, te creo. Nomás acuérdate que el papel ya no es tan confiable como antes.



EL PLANETA  
DE LOS GATOS



*La bella Martine elige un extraño camino  
para ir al pueblo, ¿será el de los gatos?*

Jean Ray



¶ EL COMPORTAMIENTO DE LOS GATOS en los alrededores del pueblo de Nessus, en el planeta Phileas, ha sido motivo de especulaciones entre grupos de jugadores de Cosmos 13. Contrarios a su verdadera naturaleza, estos animales se desplazan en grupo, y parecen estar siempre al acecho, como si fueran manadas de leones —aunque dóciles la mayoría de las veces—. Algunos de éstos se dejan ver ocasionalmente en sus polvorientas calles, donde los avatares les dan de comer a cambio de unas cuantas horas de compañía. Este *glitch* tan peculiar nunca ha podido ser reparado o parchado ni por el mejor de los programadores, ni siquiera su creadora, así que muchos prefieren alejarse de estas criaturas, pues el rumor dice que son una especie de virus informático.

La única manera de llegar a la desolada llanura desértica del territorio autónomo de Nessus es a finales del mes de octubre, tiempo de la Tierra. Quienes lo buscan deben tener conocimientos avanzados de astronáutica, aprendidos durante el extenuante segundo nivel del videojuego. Aquellos que logran superar esta etapa pueden llamarse, a toda regla, cosmonautas de primera clase.

\*

Citlalli habla con el robot mientras pilota su nave. Después de un rato se sorprende al contarle detalles de su vida privada. Valora a su único confidente, comprado con 6

millones de piezas de silicio antes de emprender el viaje. Se recuerda borrarle la memoria al llegar a Nessus. El autómata la observa con curiosidad, decidiendo si la acepta o no como su compañera; esta clase de inteligencia artificial suele ser caprichosa, aunque bastante útil. Abajo aparece la gran mancha dispersa de la Estación Nessus, y junto a ésta, a unos cuantos kilómetros, el vasto cementerio de barcos y aviones que le han dado fama entre los jugadores más avanzados de Cosmos 13.

Ella se encuentra físicamente en alguna colonia del conglomerado urbano al extremo norte del Valle de México. La atrofia muscular espinal de nacimiento hizo que sus piernas cuelguen flácidas de su torso. El rostro mestizo y pecoso casi infantil contrasta con sus brazos musculosos, formados a fuerza de terapia y silla de ruedas; su familia nunca pudo costearse una silla motorizada, así que se acostumbró a impulsarse por ella misma. Se gana la vida en Cosmos 13 desde su teclado, donde dirige campañas de conquista y recuperación de tecnología extraterrestre. Las piezas de silicio, la moneda de cambio en aquel universo virtual, son revendidas al triple del costo en la vida real: hay demasiados jugadores extranjeros haraganes para ganarlos por ellos mismos y poder comprar su propio equipamiento o subir de nivel.

Ella tiene el rango de capitán, nivel 880/1000. Pero hay algo más importante. En Cosmos 13 ella tiene piernas funcionales, y disfruta pensarlo así. En su casa de dos habitaciones, comprada gracias a sus maratónicas sesiones en el juego, el aroma a incienso es penetrante; detesta el desagradable olor de los lixiviados proveniente de los basureros a un par de kilómetros de ahí.

\*

Nessus le parece hostil, pero comprende las circunstancias. Los avatares que la han visto llegar se congregan a su alrededor para recibir cajas con provisiones. No le agradecen el servicio, ni siquiera le ofrecen agua. En su mayoría son de género masculino, lo cual le extraña. Quienes habitan el polvoriento lugar son sólo rostros esquivos que caminan con la cabeza gacha e indiferencia altanera. Pocos se muestran amistosos, y sólo uno de ellos, que se hace llamar Viernes, se ofrece insistente a mostrarle el lugar.

Al no encontrar un domo para habitar, se dirige a las afueras para instalar un campamento. Una vez establecida su base, enfundada en su uniforme de combate, comienza la tarea de inmediato. La sigue a paso lento pero firme el autómatas bípedo, una caja metálica de un estilo pasado de moda pero el más funcional de todos gracias a numerosas modificaciones. Ella ha decidido bautizarlo como Igor.

Está en aquel sitio para buscar indicios de ciertas plantas exógenas de las que todo mundo hablaba en las últimas campañas, y que un laboratorio farmacéutico quiere encontrar para procesar una droga: hay cincuenta millones de piezas de silicio para quien las encuentre. Se trata de otra de esas ingeniosas “campañas de huevos de Pascua” que la empresa creadora de Cosmos 13 lanza anualmente.

Al caer la noche regresa al campamento. Cuando llega, un gato se le acerca para recibirla frotándose contra sus piernas. En la vida real, como una variación del síndrome de miembro fantasma, sus frágiles rodillas se estremecen y le cosquillean.

\*

Tras desconectarse de la consola y cenar se va a la cama. Sueña que camina. Se pone sus primeros zapatos, unos color blanco

que le regaló su madrina de bautizo cuando tenía tres años, que a pesar de no poder usarlos para caminar le encantaba cómo se le veían. Pero en el sueño puede mover las piernas. Da la vuelta alrededor de la polvorienta cuadra donde vivía y voltea la vista para ver sus huellas en la tierra. Detesta que los zapatos se le ensucien con el polvo. También puede ver a su hermano detrás de ella. Lo detesta. Siente dolor en los brazos y se despierta con una sensación de vértigo.

\*

Pasan 24 horas en tiempo de juego sin resultados. Nessus es uno de los rincones extremos del juego, en un planeta relativamente poco exótico para muchos en comparación a la infinidad de planetas que se pueden explorar. En Phileas, el software generador de ambientes, la inteligencia artificial que reproduce los escenarios del juego, lo ha llenado de arbustos, dunas y reptiles. Pero está el enorme cementerio de naves por supuesto, y el rumor de los vestigios de una antigua civilización que yace enterrada por las dunas. Es también uno de los pocos refugios para avatares prófugos, cuyos jugadores han muerto en la vida real o los han abandonado. Sin dueño, son inteligencias artificiales que vagan en grupos por los alrededores de los campos de batalla de Cosmos 13, y finalmente llegan ahí. No se sabe cuántos son exactamente. Citlalli, al igual que muchos de sus compañeros de juego más cercanos, tiene cierta empatía con ellos.

Durante su estancia en la zona ha notado que llegan esporádicamente algunas naves que se internan de inmediato en el desierto. Dado que Nessus es territorio neutral, no teme a emboscadas o campañas de ataque. Aunque es también una zona libre de monstruos o invasores alienígenas, de cualquier

manera no se separa de su rifle de francotirador ni su pistola automática.

\*

En su habitación piensa cómo es que había llegado a este punto en su vida. Su novio a distancia, Milos, un vlogger español de mediana popularidad especializado en Cosmos 13, cinco años más joven que ella, le ha pedido que se vean en tiempo real. Él llegará a la ciudad para un congreso de videojuegos. Está al tanto de la condición física de Malis, y ha dicho que tiene algo qué confesarle, lo cual la tiene muy inquieta. Un helicóptero de la policía pasa por encima de su casa proyectando un potente haz de luz. Se mira al espejo y piensa cómo irá vestida al encuentro.

\*

El tercer día por la tarde busca por los alrededores de una colina al oeste de Nessus. Se detiene a observar con los binoculares los restos de lo que parece ser un avión. Se guía por el resplandor de otro fuselaje. Moviada por la curiosidad, pasa por varias dunas y llega a un extremo del desolado cementerio de naves. Piensa que tal vez todo este tiempo ha buscado en el lugar equivocado. Sigue una larga y estrecha vereda rodeada de arbustos. Observa extrañas formas metálicas que recuperan su significado conforme se acerca a ellas. Encuentra un buque destructor semienterrado y un pequeño submarino partido por la mitad, además de varios yates cuya madera seca se hace polvo con el desierto. Un par de bombarderos, cazas supersónicos y algunas avionetas desvencijadas delimitan el área. Con entusiasmo, programa

de inmediato a su fiel autómatas y comienzan a peinar la zona. Encuentra un pequeño cactus parduzco sospechoso, lo trasplanta con dificultad debido a la aspereza del terreno. Al montar un nuevo campamento se da cuenta que un gato que la venía siguiendo ha desaparecido.

—¿Problemas? —la voz de Viernes a lo lejos la toma por sorpresa. En un procedimiento practicado infinidad de veces, desenfunda su arma y apunta a la cabeza del avatar—. Ey, ey, te he seguido, no te haré daño —dice muy convencido mientras se acerca y levanta las manos sonriente.

Mientras cae la oscuridad, una bruma se desliza con lentitud confiriéndole una suave y tenebrosa borrosidad al ambiente que los rodea. Escucha los pasos articulados de Igor. Pronto Citlalli y Viernes se ven rodeados de una docena de gatos que caminan indiferentes entre las naves muertas.

—Vamos, que no te dé pena, nadie viene aquí de paseo. Te cobro mil unidades de silicio por llevarte.

—¿Eres jugador?

—Sí, pero no me interesan las campañas, por eso no vengo armado. Por tus insignias veo que eres capitán, guau, ahora veo que se ha corrido el rumor. Por ser tu primera vez te haré descuento. Baja tu arma por favor, hagamos negocios.

Confundida, pero con curiosidad, acepta que la guíe a donde tengan que ir. El intenso resplandor de la luna roja de Phileas provoca un efecto espectral en la zona. Las naves parecen recuperar su vitalidad, dispuestas a despegar o zarpar en cualquier momento. Las estrellas se han esfumado de nuevo antes que la luna alcance su cenit.

Se dirigen a la parte posterior de un enorme yate. Citlalli se detiene en seco al ver, primero a través de las gafas de visión térmica y después con la vista desnuda, una docena de diminutas plantas carnívoras que abren sus fauces hacia

el brillo carmesí del planetóide. Ella, entusiasmada, activa la computadora que lleva atada en su antebrazo y confirma con el satélite su posición.

—No hagas eso —ordena Viernes asustado e intenta apagarle el aparato.

Horas de experiencia de juego le permiten a Citlalli anticiparse y sujetarlo de las muñecas para aplicarle una llave de lucha e inmovilizarlo. Mientras lo hace, nota que no muy lejos de ellos se encuentran un par de naves espaciales. Una de ellas la había visto llegar días antes.

—Enséñame lo que tienes —dice ella con firmeza.

Bajo una gran lámina en el suelo se esconde un túnel vertical. Viernes baja primero por la escalerilla. Cuando Citlalli llega al fondo del lugar, iluminado por luces multicolores, se estremece.

Escucha gritos de mujer. Carcajadas e insultos proferidos por hombres. Una chica desnuda, atada con cadenas al suelo, es atacada simultáneamente por dos individuos robustos desnudos. Otras mujeres más, una docena al menos, están sentadas en el suelo, con la mirada perdida.

—Calma, calma, son avatares sin jugador, ya son sólo programas —dice Viernes, como si se disculpara.

Los hombres, jugadores que han estilizado sus avatares como si fueran superhéroes musculosos, se detienen y le sonríen.

—Llevo en esto apenas un año y pues sí, es un negocio sin víctimas —insiste Viernes sonriente—, sólo son píxeles en alta resolución, nadie sufre. Los clientes hacen lo que quieren, es zona neutral y no hay leyes que prohíban esto... venga, te diseño un calabozo a tu gusto.

Citlalli apunta su arma a la cabeza de Viernes, quien luce asustado.

—Déjalas ir, ahora.

—Es zona neutral, no me puedes matar —dice él—, te expulsarán del juego si lo haces. Puedo hacer esto cuando quiera, los clientes son gente importante y te buscarán en la vida real para demandarte. Sólo es un juego, vamos, relájate.

La posibilidad de perderlo todo es una alarma que suena en su cabeza. Los creadores de Cosmos 13 tienen reglas muy estrictas sobre las zonas neutrales, y de alguna manera Viernes tiene razón sobre los avatares. Los dos jugadores dejan a la chica y se dirigen a Citlalli amenazantes. —Soy capitán también, ¿cuál es tu problema?, —dice uno de ellos en tono autoritario pero sin perder su sonrisa. A miles de kilómetros de distancia, en la realidad, el sujeto conectado estará viviendo la mejor aventura de su vida.

Citlalli empuja a Viernes arrojándolo sobre el sujeto, sube de nuevo por la escalerilla e intenta huir del sitio.

\*

Sueña otra vez. Las naves y el desierto de Cosmos 13 se disuelven. Escucha un ruido leve, latente en medio del silencio. El cielo es gris y frío, apenas iluminado por una prodigiosa bola de pálido fuego, que flota a poca distancia del horizonte y derrama una luz espumosa. Atestigua el desplazamiento de Nessus por el espacio virtual. A unos metros de ella está su hermano. Después de años de estar distanciados lo encuentra tendido en la cama del hospital. El cáncer le está ganando la batalla. Él sabe que al pasarle secretos de la cosmonáutica a su hermana pequeña ella podrá rescatar al avatar que dejará abandonado en el juego cuando muera.

Abre los ojos angustiada, es de mañana. En unas horas conocerá en persona a su novio virtual. Sabe que debe

prepararse, pero angustiada por la suerte de las chicas se reintegra al juego de inmediato.

\*

Se detiene por unos segundos y decide bajar de la escalera para enfrentar a los hombres. Éstos ríen. Uno de ellos, el que se dice capitán, vuelve con la chica para seguirla torturando, mientras su compañero ha sacado un arma que es más grande que la propia Citlalli. La chica grita de nuevo de dolor.

—Esta la compré a un chino, pruébala —dice convencido con una gran sonrisa, y dispara el arma.

Pero la bala, que tiene forma esférica, se desintegra antes de poder tocar el avatar de Citlalli, ante la mirada incrédula del sujeto de grandes pectorales. Ella en respuesta dispara una bala agujijón, que se inserta en el ojo de su objetivo. El sujeto lanza un alarido de dolor. Su compañero voltea la vista y recibe también una andanada de dardos en el rostro. Viernes dispara con un rifle que saca por debajo de una mesa, pero las municiones caen antes de alcanzar el avatar femenino.

—¡Estás programando! —reclama Viernes— ¡Es trampa!

\*

Citlalli se pregunta si en realidad ella siempre estuvo fuera del juego. Pasar el primer nivel de Cosmos 13 te puede llevar algunos años, si no sabes codificar. Su hermano sabía hacerlo. “El mundo es de los programadores”, decía. Si dices que obtener recarga extra de municiones durante un combate técnicamente es hacer trampa, qué mala suerte: debiste pensarlo antes de jugar, estás muerto.

En la vida real, el sonido frenético de las teclas al ser pulsadas es todo lo que se escucha en su cuarto. Modifica bloques de código para desintegrar los proyectiles que le lanzan, bloquea la transmisión de ayuda que uno de los sujetos envía a sus compinches, situados en alguno de los planetas aledaños. Descubre que Viernes es el alter ego de un sujeto que vive en Florida, quien seguramente empezará a acosarla por Internet si descubre su verdadera dirección IP. Además, según le dice, no es el único que se dedica a los calabozos de tortura virtuales.

Una pantalla de alarma se activa en un rincón de la pantalla. Su novio español ha llegado al centro de convenciones, tiene una hora esperándola.

Suspira. Quizá la expulsen del juego por violar las normas de neutralidad. Quizás no, nadie tiene por qué enterarse. Aunque el esclavista virtual de Florida arme un escándalo, los miembros de su equipo de combate la ayudarán a salir adelante.

Otra alarma se activa. Es un correo del sistema de administración de Cosmos 13. Al leer el remitente se pone nerviosa. Nada menos que la creadora del juego, una tal Alejandra Camarena, quiere hablar con ella. Hay una oferta de trabajo a negociar.

\*

Es de noche. La ballena metálica es el vehículo volador más extraño que ha cruzado por el cielo de Nessus. Planea con elegancia, reconociendo el lugar, y se posa encima del cementerio de naves para aterrizar con suavidad. De su interior bajan tres cosmonautas armados, quienes se encuentran con Citlalli, intercambian saludos y éstos se llevan tres cubos

contenedores de avatares. Entran de vuelta a la nave, despegan y se pierden en el infinito de aquel paracosmos virtual.

Citlalli baja la vista y nota que un gato la observa. Una fuente de luz blanca, difusa, aparece en un extremo del cementerio de naves. Ella empuña su arma. El gato maúlla y se dirige a la luz. De entre las sombras emerge un ejército de gatos, maúllan, con sus ojillos bailando en la oscuridad, algunos se frotan contra las piernas de ella y de Igor al pasar. Una vez que todos se han concentrado en aquel punto, la luz comienza a desvanecerse. Se van. Citlalli ordena a Igor que se dirijan hacia su propia nave, está ansiosa por seguir explorando planetas. Sabe que seguirá por el camino de los gatos.



DUELO AL AMANECER



¶ EL VIEJO ELEFANTE despertó ansioso aquella madrugada. Los insectos que lo habían arrullado durante la noche callaron de repente. Miró en todas direcciones en busca de algún intruso, pero la caravana circense lucía tranquila. Llegó a pensar que aquellos sonidos que le habían perturbado el sueño estaban en realidad en su cabeza. Comprobó con un leve estirón de la pata trasera que sus cadenas estuvieran flojas. Era un descuido que siempre sucedía, aunque nunca antes se había sentido con la necesidad de zafarse. Quizá era el paisaje que observara la tarde anterior lo que lo había motivado: una extensa llanura semidesértica, con arbustos que se perdían en el infinito. Empezó la marcha en la oscuridad. Hacía tiempo que no veía el amanecer en el campo.

Avanzó con paso lento y despreocupado mientras en el horizonte se dibujaba una línea púrpura. Las estrellas estaban tan encendidas como cartel luminoso y poco a poco cedían ante el acoso del sol que no tardaba en llegar. Detectó el sonido de un automóvil que se alejaba; la carretera estaba muy cerca. Pensó en su madre, en los apacibles días en la granja tailandesa donde había transcurrido su infancia. Aquel pensamiento lo contentó. Al sentir el asfalto bajo sus patas se detuvo, era una señal de advertencia. A unos cuantos metros, entre las tinieblas que aún envolvían el lugar, distinguió una cabina de madera con una pila de llantas a su lado. Disfrutó del agradable silencio del desierto. El momento le brindó una sensación de paz que no recordaba haber tenido antes. Los

insectos despertaron poco a poco, anunciando el amanecer, pero súbitamente volvieron a callar.

Escuchó el lejano canto de un animal que no supo reconocer. A pesar de que se encontraba muy lejos, el zumbido ultrasónico que emitía era bastante claro, un sonido armonioso, constante. Por un momento pensó que se trataba de una máquina, pero aquello era sin duda orgánico. Segundos antes que el sol apareciera, el ruido se hizo más fuerte. Era la música propia de una mañana en el desierto. Volteó la cabeza en dirección a la enigmática criatura que se acercaba. Pensó que sería interesante conocer a un animal de esa especie.

Aquello era demasiado grande para ser un ave, tenía casi el doble de su propio tamaño. Volaba muy rápido y a baja altura. Su velocidad y súbita aparición le sorprendieron. Tenía el cuerpo de una langosta, pero sin alas que batiera para poder elevarse. En su lugar tenía una serie de colas que se agitaban con el viento. Emitía un tenue destello, pero no era un avión, de eso estaba seguro, ya había visto varios, no era metálico. Cuando la cosa desapareció de su plano de visión, el elefante agarró tierra con la trompa y la arrojó al aire a manera de saludo. Excitado por la visión emitió una gran barritada. A lo lejos pudo escuchar una chillante y positiva respuesta. Tras un instante, los insectos y pequeños animales de los alrededores continuaron con su rutina.

Satisfecho por aquel espectáculo, y con el sol apenas asomado en la distancia, decidió emprender el regreso a casa. Apenas había atravesado la carretera cuando escuchó el ruido de un auto que se acercaba a gran velocidad, estruendoso, ofensivo. Aquella intromisión le enfureció. Los humanos, pese a todo, se empeñaban en manchar los pequeños y sencillos placeres que él se reservaba. Actuó por instinto, con

decisión. Empezó la embestida directa hacia el automóvil color amarillo.

Todo sucedió muy rápido. Al darse cuenta ya tenía al auto encima, pero éste, cuyo claxon sonó repetidas veces, salió del camino con un brusco movimiento para evitar el impacto. El paquidermo emitió un furioso berrido. Una zanja hizo que el auto se volteara con violencia, levantando una columna de polvo. El animal se detuvo, agitado y tembloroso. La sorpresiva emoción del combate delató su vida sedentaria. Le vino a la mente la imagen de su madre cantando una canción de la tarde.

El auto era un montón de fierros retorcidos, un insecto gigante que hubiera sido aplastado. El elefante recordaría para siempre la imagen del hombre herido que salió del vehículo, arrastrándose con las piernas quebradas, llorando. El sujeto bañado en sangre volteó con dificultad sobre sí y observó el cielo, comenzó a hablar solo. El elefante se le acercó aunque guardó su distancia, el olor repelente de la sangre le atemorizaba. El hombre se asustó al verlo, detuvo el llanto asombrado. Le habló al paquidermo sin saber que éste no le entendía. Éste supo que el hombre no lograría sobrevivir. Después de un par de minutos dejó de respirar. Los ojos quedaron abiertos, buscando algo en el cielo sin nubes. Los zopilotes llegaron a averiguar qué sucedía, pero el enorme animal los intimidó. El elefante sintió un estremecimiento que recorrió su cuerpo, y pensó que le aguardaba todavía un largo camino de vuelta a casa. Tenía hambre. Decidió caminar a paso lento para relajarse, arrojándose tierra a la espalda, cantándole al hombre muerto en un digno combate. Se sintió fuerte. A lo lejos un enorme anuncio de refrescos decolorado por el sol y una montonera de llantas eran los únicos testigos.



# LA PRUEBA DE LOVELACE



*Computers can't create anything.  
For creation requires, minimally,  
originating something.  
But computers originate nothing,  
they merely do that which we order them,  
via programs, to do.*

Lady Lovelace's Objection



¶ EL RUIDO ES FUERZA. Si queremos encontrar pruebas del Big Bang sólo tenemos que encender el televisor y sintonizar cualquier canal sin señales. Lo mismo aplica con los aparatos de radio. Entre el ruido de la nieve estática, 1% pertenece a este fenómeno que ocurrió hace 13,700 millones de años. Se trata de la radiación dejada por el nacimiento del Universo, un eco transformado en microondas que llega hasta nuestros receptores caseros. Lo curioso es que desde la invención de los aparatos de radiocomunicación hay gente que busca mensajes entre ese caos. Algunos de ellos, los pocos, son astrónomos; la mayoría son individuos que encuentra, en el peor de los casos, un dictado de origen divino o conciencia cósmica. Allí es donde empiezan los problemas que se han de resolver. Esto lo reconocía Guillermo González Camarena.

\*

El inventor de la televisión a colores es mexicano, quizá por ironía del destino. Éste deja de pintar sobre el lienzo que tiene enfrente y me observa con curiosidad. Me habla con voz serena y firme.

—Señorita, soy el primer hombre que regresa de entre los muertos y puede llevar una vida normal. ¿Tiene pruebas de que otro lo haya conseguido?

El ventanal frente a nosotros muestra al inquieto Golfo de México, enorme y gris, latente como el pecho de un monstruo

gigante. Guillermo González Camarena se aleja de su obra en proceso, toma un vaso de cristal que contiene un líquido color azul y bebe de éste. En estricta teoría no es un reviviente, porque no es su propio cuerpo, y tampoco es su verdadera mente: se trata una de las réplicas de conciencia más avanzadas que se hayan visto en el mundo. Pero de momento no hay que recordárselo, por indicaciones médicas y de los abogados.

\*

*A principios de la década de 1960, un sujeto de nombre Eloy Barragán fue acusado del asesinato de más de veinte personas en los alrededores de la ciudad de Monterrey. Según constaba en actas, se comió el corazón de todas sus víctimas, con excepción de una niña de diez años que pudo escapar y llamar la atención de la policía antes de fallecer debido a la pérdida de sangre. En su declaración ante las autoridades, Barragán afirmó que unas voces procedentes de su televisor a colores se lo habían ordenado. Como en aquellos tiempos esa tecnología era territorio virgen, se llevó a cabo una investigación exhaustiva que llevó a los detectives encargados del caso al laboratorio de Guillermo González Camarena. El inventor tranquilizó a la policía y a la prensa con sus comentarios: la televisión era una tecnología inocua, y resultaba imposible que tuviera la capacidad de inducir a alguien a cometer un crimen. Como nunca había escuchado de un caso parecido, pidió a los investigadores se le permitiera quedarse con el aparato del asesino para conservarlo como curiosidad, previo pago de un soborno. A decir de los descendientes de Camarena, éste la mantuvo en su colección particular por muchos años, hasta que un día alguien la robó del sótano de su mansión en la ciudad de Cuernavaca.*

\*

Un helicóptero zancudo, del mismo modelo me ha traído a esta ciudad anclada en el océano, se aleja con dirección a las costas de Yucatán.

—Extraño la tierra firme —exclama el hombre, quien de un trago termina el brebaje medicinal compuesto por aminoácidos y nanobots que registran sus signos vitales y lo mantienen funcionando.

En el sonido ambiental se escucha el último corte de *Música para aeropuertos*, un clásico que lo ha acompañado en su nueva vida desde que un grupo de médicos e ingenieros de su emporio mediático lo reactivaran poco más de un siglo después de su muerte. Esto con ayuda de mi *wetware*, por supuesto. En palabras del propio inventor, las suaves aunque abstractas melodías que escuchamos en este momento resumen con precisión “el estado de su mente”. Una extraña observación para alguien que al abrir los ojos se encontró con el futuro. Ajusto mis implantes oculares ante la falta de luz, el bioprocesador detrás de la retina limpia la imagen y empiezo a enviar los primeros 30 segundos de transmisión en vivo que me están permitidos cada media hora. El nicho electrónico de *Psyche TV* está saturado de visitantes en tiempo real, y mi socio y coeditor está encantado por supuesto.

—Supe de alguien llamado Walt Disney, quien fue el primero en intentarlo, pero aún sigue en coma, y para fines prácticos eso no es vida. Usted es muy fuerte, o muy suertudo. El rumor en la calle es que usted nunca murió en realidad, sólo permaneció escondido mucho, mucho tiempo. ¿Se ha convertido, por decirlo de alguna manera, en un semidios?

Camarena sonrío al escuchar la pregunta. Toma la brocha y continúa su acuarela. Hasta ahora ha pintado diez cuadros, cuyo tema recurrente son dragones chinos y extrañas naves voladoras.

\*

*Años antes, Camarena había asistido a una convención de la incipiente industria electrónica en la ciudad de Los Ángeles, donde presentó su novedoso monitor a color, siendo aclamado por todos los asistentes. En su ponencia subrayó el potencial de entretenimiento y valor comercial del nuevo sistema, mismo que había bautizado como Psyche TV, no sólo porque la palabra “psicodelia” empezaba a germinar entre las agencias de publicidad de vanguardia, sino porque en su opinión las imágenes observadas no eran otra cosa que un truco del cerebro, hábilmente engañado para construir sueños artificiales con una resolución casi perfecta. De ello hay testimonio entre las anotaciones de su diario personal y un par de entrevistas. “Desde que pude ver el color en las pantallas”, apuntó, “me di cuenta que todo es posible. La fotónica, el estímulo neuronal por medio de la luz, será una de las tecnologías del futuro”. Entre los planes del inventor, estaba el perfeccionamiento de nuevos métodos para la fabricación a gran escala de aparatos receptores a bajo costo, “para que todas las familias del mundo tengan una televisión de imagen nítida, bonita y barata, como debe ser”. Pero los sueños a veces pasan por momentos no planeados. Camarena murió en un accidente automovilístico en 1965 en una carretera del estado de Veracruz.*

\*

Caminamos por la cubierta de la plataforma nodriza. Empiezo a acostumbrarme al olor de algas en descomposición. En la plataforma adyacente, más elevada y con una mejor base y sistema de flotación de emergencia, yacen cientos de racks con servidores que albergan la información confidencial de millones de personas y organismos privados. Cubren 10,000 metros cuadrados de cables y silicio que alberga toda clase

de información y documentos digitalizados. Este paraíso de datos es el que financia en buena parte el imperio de Camarena, y del que sale mi paga. Los técnicos, enfundados en overoles de trabajo color naranja y amarillo fosforescentes que se mueven como hormigas entre los corredores, son en su mayoría descendientes directos de los primeros colonos que llegaron a esta superestructura de acero, reforzada por una capa de coral sintético compuesta por miles de millones de nanopartículas calcáreas artificiales.

—¿Alguna vez pensó que el futuro tendría este aspecto?

—Creo haber soñado algo parecido. Pero la mayoría del tiempo lo ocupé leyendo o escuchando obras del pasado y el presente, no pensaba mucho sobre ello.

—Sus cuadros son muy hermosos. Si hubiera una historia detrás de ellos, ¿cuál sería?

—Quiero pensar que son de un mundo donde la ciencia se convirtió en religión.

—¿Qué? ¿Y los dragones?

—Son sólo parte de mi imaginación preferida, no lo sé, animales genéticamente modificados, como los que abundan hoy según tengo entendido. Me fascina la historia también. Sabes, a veces creo que todo lo que hago, o digo, me lo dictan desde el espacio —apunta con el índice izquierdo al cielo y alza la vista. Se queda observando las nubes por un largo rato, como si quisiera encontrar algo en ellas.

\*

*Camarena construyó sus primeros modelos de televisor utilizando refacciones que compraba en el mercado de La Lagunilla de la Ciudad de México, famoso entonces por que ahí se comerciaban cosas usadas. Él pasaba horas desarmando aparatos de radio*

*para llevar piezas de intercambio, compartiendo datos y consejos con otros profesionales y aficionados a la electrónica, que se reunían religiosamente todos los sábados en un parque cercano a su casa, en la Colonia Roma. Su mente trabajaba día y noche quedándose semanas sin dormir, llegando al punto en el que se hacía un silencio a su alrededor, tan profundo que el único rumor en su habitación-laboratorio era el sonido del lápiz deslizándose sobre el papel al momento de hacer cálculos y el zumbido estático de las docenas de pantallas que intentaban dibujar imágenes en la superficie de vidrio. Y él observaba por entre aquella neblina estática tratando de descifrar el secreto de la imagen y los colores. Durante esos trances que duraban horas perdía la sensibilidad del cuerpo y todo desaparecía a su alrededor. Lo único visible era un punto negro que se movía incesante sobre el horizonte tormentoso de la nieve televisiva. Era en esos momentos cuando por segundos tenía la oportunidad de echarle un vistazo al futuro.*

\*

Mi padre me enseñó a programar. A los doce años fui la primera mujer en ganar la Olimpiada Nacional de Computación, y a los quince me reclutó el emporio de Camarena. *Cosmos 13*, mi primer proyecto, sigue siendo un éxito entre los adolescentes ávidos de videojuegos de virtualidad, y es el que ha permitido financiarme esta nueva empresa. Muy pronto trabajé con científicos de mi edad, pasando largas horas discutiendo sobre biología molecular, música orgánica y redes neuronales. Teníamos carta abierta para hacer lo que se nos antojara, aunque debíamos tener un proyecto control que produjera el suficiente poder de generación de datos para financiarnos. Así fue que nació *Psyche TV*, bautizada así en honor al Sistema Primigenio. Y aunque inicialmente sólo se trató de un canal

transmediático para adolescentes, muy pronto se colocó como uno de los preferidos por la audiencia general. Todo marchaba según el plan, hasta que la división de neuropsiquiatría nos ofreció resucitar a Camarena.

—¿Qué recuerda de su vida pasada? ¿Extraña algo?

—No mucho. Quisiera haber visto a mi sobrina crecer.

Él vivió una transición tecnológica o, mejor dicho, fue el eje a partir del cual se inició una gran transición. Yo siempre he vivido en esos lapsos. Mi padre era técnico en robótica en una de tantas fábricas de autos en la frontera con Estados Unidos. Las ciudades en ese borde eran permeables; unidas por un puente, un túnel y una herencia industrial. Mi padre, fascinado por la tecnología, estaba obsesionado con la electrónica. Ensamblaba sus propias computadoras, pasaba al otro lado de madrugada para ser de los primeros en llegar al estacionamiento de un centro comercial donde llegaban grandes camionetas con hardware a precios de remate. Conocí la versión monocromática de los monitores, y a los nueve años usaba las PS de IBM y las Commodore 64 de la colección de mi padre como juguetes didácticos. Cuando aprendí formalmente a programar, dejé muy pronto los proyectos de aplicaciones para teléfono y redes sociales por considerarlas demasiado burdas y me enfoqué en la biotecnología informática. Psyche TV es parte de ello.

—A su sobrina le encantaba ver películas en su casa. Entonces era un privilegio de muy pocos.

—Cuando vendí los derechos de la televisión a colores a Candy Flip tuve lo que mis padres no pudieron darme. Fue una brutalidad de dinero. Prácticamente todo lo invertí en el desarrollo de computadoras. Como no tenía hijos le di todo a mi sobrina. Con ese dinero ella fue capaz de seguir mi legado, y levantar mi emporio.

\*

*Entre la gente con la que se entrevistó durante su estancia en California, el estado más futurista que se conocía en la década de 1960, estuvieron dos ejecutivos de una compañía productora de Hollywood llamada Candy Flip. Estos le ofrecieron a Camarena un gran negocio*

*La serie de televisión producida por ésta comenzó sus grabaciones en los primeros meses de 1963, en un estudio internado en lo más profundo del desierto de Nuevo México. El equipo técnico era en su mayoría mexicano, y los guionistas un par de estadounidenses quienes se encargaban todos los días de platicar con los actores y ponerles en claro las intenciones del programa. El director, un inglés neurótico y obsesivo a un grado casi enfermizo, no se daba abasto para ultimar detalles de producción. Los sueldos eran magníficos, aunque la firma de un contrato de confidencialidad los obligaba a guardar el más absoluto secreto. Decían que se trataba del equivalente al Proyecto Manhattan de las series de televisión. La gente que trabajaba en el área técnica de aquel estudio eran los discípulos más aventajados de Camarena.*

*La mitad del proyecto estaba concluido cuando él falleció en 1965. Después de aquel desafortunado incidente, el programa quedó suspendido hasta 1967; para entonces se habían improvisado nuevas técnicas desarrolladas durante aquel receso, convertidas en los avances tecnológicos más avanzados en producción audiovisual de la época. Candy Flip orquestaba uno de los mejores programas que se hubieran visto en la televisión.*

\*

Camarena observa el horizonte. Sabemos que la temporada de huracanes será implacable este año, y faltan un par de semanas para que aquel paraíso se transforme. Le hago preguntas básicas sobre fotónica, la tecnología que lo mantiene lúcido y que me permite enviar esta entrevista a todos los rincones del mundo. Mi coeditor y socio no deja de enviarme noticias sobre el rating que hemos alcanzado, nada mal para un viernes por la tarde. Estamos aún muy lejos de campeonatos deportivos o entregas de premios de música, pero en esta temporada tan floja supone un éxito más para Psyche TV. Después de todo, buena parte de la tecnología del mundo como lo conocemos gira alrededor de las teorías y modelos técnicos de Camarena.

Decido saltarme el protocolo y le pregunto si se siente seguro de la realidad que vive. Me mira extrañado, aunque de inmediato recupera su semblante sereno.

—Me queda claro que esto no es una simulación. Somos carne.

—De acuerdo, pero el mundo allá afuera quizá no es lo que usted cree. Sabe, el país está hecho pedazos.

—Me he enterado por las redes, sí.

—Claro, pero ya sabrá que usted se ha convertido en una estrella, y los países ya no existen. Usted es una sola nación, por así decirlo.

—Bueno, la popularidad de muchos empleados míos es lo que me mantiene con vida. Tú me mantienes con vida con esta transmisión.

Al decir esto último, sus niveles en redes sociales se incrementan moderadamente. Ruego porque ninguna estrella mundial de la música muera de una sobredosis o algún país se le ocurra declarar una guerra. En su cerebro de biot, las neuronas artificiales realizan la sinapsis con sus contrapares orgánicas. Sus niveles de conciencia e inteligencia comienzan

a multiplicarse exponencialmente. Mi *wetware* envía señales de advertencia, que capto a través de la retina.

\*

*Camarena había calculado la magnitud de lo que sucedería, y quizá por ello pagó con su vida; dentro de la televisión pasaban tantas cosas que ellas mismas reclamaron un espacio físico que pudiera contenerlas. Corría peligro, porque otras personas querían hacer lo mismo. En su diario menciona un suceso que confunde a sus biógrafos, que ha sido bautizado como “el delirio de la paleta”. En 1961, mientras intentaba mejorar su sistema de televisión a colores, recibió la visita de su sobrina favorita, Alejandra, que entonces tenía seis años. Cuando llegó el momento de hacer una prueba importante con su equipo recién ensamblado, le dio a la niña una gran paleta de caramelo color rojo y le pidió que hiciera cualquier cosa frente la cámara para efectuar una transmisión. Aly, como le decían de cariño, comenzó a contar una historia que terminó con unos pasos de baile dando vueltas con los brazos abiertos y un gran beso para su papá. La historia que narró era acerca del conejo que había saltado tan alto que llegó a la Luna. Cuando mandó un beso para despedirse, Aly desapreció por casi un minuto ante un sorprendido Camarena. Los historiadores niegan rotundamente aquel episodio, por supuesto. Han dicho que era dado a las excentricidades, y que una revisión exhaustiva de sus archivos revela que la falta de sueño y la medicación para la ansiedad podrían explicar esos delirios.*

\*

En sus memorias, Lady Lovelace argumentaba que la máquina diferencial de Babbage, el aparato calculador más avanzado

de inicios del siglo XIX, no podía pensar por sí misma; sólo fingía hacerlo a través de las instrucciones o programación que se le instalara. A mediados del siglo XX Alan Turing estaba consciente de ello, pues creó su prueba con base en esta objeción, aunque también reconocía que Lovelace había muerto sin conocer el futuro de las máquinas computadoras.

Fue por ello que todo *wetware* experimental usa neuronas en vez de chips. Pero en mi caso, en vez de algoritmos uso recuerdos. Si hay alguna objeción por la verosimilitud de las memorias, se debe pensar que nuestros recuerdos nunca son como ocurrieron en realidad.

\*

*El día que fue estrenado el programa piloto de Candy Flip en Estados Unidos, gran parte del equipo de producción se encontraba de vuelta en México, gozando de la magnífica paga y guardando celosamente el secreto de la serie, misma que se estrenaría a nivel nacional unos meses después y doblada al español según les habían asegurado los productores, quienes se encontraban fascinados con el producto final. Pero el día del estreno hubo cambios en la edición. Y no sólo fue transmitido en Estados Unidos, sino que, para incredulidad de todos los involucrados, se convirtió en un evento a nivel mundial de manera simultánea, gracias a uno de los primeros satélites de comunicaciones de la historia.*

*Durante aquel evento, el director en jefe del equipo de técnicos tomó una pistola y se disparó en la boca ante la mirada incrédula de su amante. Otro huyó con toda su familia como si el diablo fuera tras ellos; los platillos de la cena quedaron servidos en la mesa y el televisor encendido. El resto del equipo de producción también desapareció sin dejar rastro con el paso*

*de los días. Veinte personas se esfumaron ante la incredulidad de sus parientes y amigos; eran finales de los sesenta, y en esa época en México había empezado la moda de que la gente olvidara el camino de vuelta a casa. Sólo los productores estadounidenses, el director inglés por supuesto y unos cuantos más de su equipo permanecieron en sus casas, haciendo planes para el futuro. Y salvo por éstos, hoy no quedan rastros del paso de aquella otra gente por el mundo, salvo por Candy Flip, la obra de sus vidas por la que nunca recibieron el crédito.*

\*

La mente de Camarena, o al menos una simulación casi perfecta de la misma, trabaja con rapidez. Frente a él, un muro de pantallas le muestra lo que ocurre en el mundo. Desliza sus manos sobre el teclado virtual y busca patrones. Es bueno en ello. Yo lo programé para hacerlo. Guillermo González Camarena es uno de los biots más eficientes del mundo y me siento orgullosa de él. No se compara con los chinos o los rusos, ya que éstos no tienen un rango vital tan extendido ni de broma, y sin duda es más capaz que los modelos europeos o hindo-estadounidenses, auténticos zombis cuyos cerebros se degradan a las pocas semanas hasta quedar hechos puré.

La primera ronda de preguntas llega. Es el momento *orgasmnerd* del año.

—¿Cómo inocularon las memorias? —pregunta un chico de la nación corporativa Boston Dynamics.

—Con un virus de diseño —respondo sin quitar la vista de Camarena, cuyo movimiento de brazos le hace parecer un diestro titiritero—. Se apropió del ADN de sus neuronas y por fotogenómica le imprime un software a manera de historia que su cerebro se encarga de retroalimentar.

—¿Qué historia es?

—Es confidencial, aunque tiene que ver con su propia vida sin duda. Él mismo es parte de la historia tecnológica de mi país, y quizá el único héroe que nos queda, así que está relacionado con ello. Cada una de las palabras que componen esa historia son programas con instrucciones detalladas que controlan su conciencia.

Como si supiera que hablamos de él, Camarena voltea la vista y me examina con detenimiento. Su mirada es intensa. Quiero evitar sonreír, y delatarle que soy su creadora, su doctora Frankenstein. En su cabeza, México era una de las máximas potencias mundiales, y ahora todo está en ruinas. El centro de datos perdido en el Golfo es lo único que nos queda en firme, acechado por huracanes que cada temporada intensifican su fuerza.

—¿Qué tipo de prueba de Lovelace le han aplicado?

—Pintura. Él mismo pidió acuarelas y empezó a ilustrar. Se trata de una serie de pasajes que mezclan iconografía oriental y una rara versión de tecnología victoriana.

Subo a la red la serie de acuarelas escaneadas, libres de derechos, cada una con la interpretación que él mismo les ha dado; éstas son evidencia, por primera vez en la historia, de que un biot tiene conciencia. En cuestión de minutos se registran millones de descargas que muy pronto se verán plasmadas en protectores de pantalla hasta camisetas, calcomanías e incluso papel tapiz, murales y graffiti en todas las ciudades del mundo. Son una prueba de Lovelace superada, los originales en sí mismos ahora valen millones.

—Encontré algo. —Me dice Camarena imperturbable— Una señal perdida entre nuestras comunicaciones desde hace décadas. La fuente está a mil años luz, en un planeta llamado Kepler 20f.

\*

*Un cosmonauta soviético se convierte en el primer humano en llegar a la Luna, pero debido a fallas de comunicación con la Tierra es dado por muerto. Su gobierno ordena guardar el secreto. Pero el cosmonauta hace todo lo posible por sobrevivir. Mientras se le acaba el oxígeno, intenta combatir la claustrofobia del pequeño módulo lunar que habita comparándolo con la caja en la que se escondía de niño para jugar. En su último día como selenita, justo cuando su reserva de oxígeno se encuentra en su punto crítico, decide salir a la superficie y descubre que al otro lado de una enorme colina hay huellas de botas diferentes a las suyas. Asombrado, el cosmonauta decide rastrearlas. Las marcas en el suelo llegan a un extraño aparato similar a una araña mecánica. No muy lejos de éste, dos figuras en traje espacial blanco montan una pequeña plataforma de misiles sin percatarse de su presencia. Una bandera estadounidense se encuentra clavada a lo lejos.*

Así termina la primera temporada de la serie de televisión Candy Flip, un programa que muchos vieron pero muy pocos recordaron, quizá porque prácticamente todas las escenas fueron editadas, y sólo tenemos presente el alunizaje del Apolo XI. Camarena lo sabe porque todos los días al despertar, en cuestión de milisegundos, una subrutina del *wetware* se encarga de recordárselo.

Hay gente que no se siente parte de esta realidad, y tarde o temprano descubren que nunca pertenecieron a este planeta, puede ser que estén perdidos o simplemente han olvidado cómo regresar a su lugar de origen. Esto fue lo que le ocurrió a Camarena. Por ello inventó la televisión a color, para buscar el camino a casa, rastreando las señales del espacio exterior que le dijeran cómo volver a su verdadero hogar.

Transmite en vivo para Psyche TV, Alejandra Camarena.

*Agradecimientos*

*Manuel Barroso Ch., Iván Farías, Maira Colín,  
Humberto Bedolla, Aldo Alba,  
Josefina Larragoiti, Nadia Islas, Fabián Carvallo,  
Francisco Villaseñor, Saraí Rangel.*

*Por supuesto a Tania O. Hernández,  
Miranda y Diego, amo los.*

CDMX 2005-2015

# PARACOSMOS

de Gerardo Sifuentes, se terminó de imprimir en agosto de 2016, en CEDIMSA. El tiraje consta de 400 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy. Formación y diseño: Eva Laura Rojas Almazán. Diseño de portada: Mayra Flores Mercado.

*Editora responsable:*

GABRIELA LARA



Fotografía: Tania O. Hernández Macías



**GERARDO SIFUENTES.** Nació en Tampico en 1974. Vive en la Ciudad de México. Es narrador y periodista de ciencia. Ha publicado los libros de cuentos *Perro de Luz*, *Pilotos infernales* y *Planetaria*. Está incluido en varias antologías, las más recientes *Three Messages and a Warning* y *Sólo cuento*. Colaborador de diversas revistas, ha obtenido reconocimientos por su trabajo literario y periodístico. Escribe sobre ciencia, *branding* y géneros fantásticos. Actualmente es coordinador editorial de la revista *Muy Interesante*.

## PARACOSMOS

¶ La ciencia ficción ha ganado una altura cada vez mayor hasta constituirse en un género literario con todas las de la ley. Esto queda claro en *Paracosmos*, una colección de cuentos que bajo la sombra benéfica y energizante de Philip K. Dick propone una inmersión inteligente en otros mundos que quizá no sean más que versiones modificadas del nuestro. Gerardo Sifuentes, autor ya probado en estos caminos, entrega un libro sólido que contribuye a afianzar la calidad de la ciencia ficción en lengua española.

*Mauricio Montiel Figueiras, México*

¶ Una colección de cuentos fantásticos. Cada composición recrea un mundo distinto e inesperado. El autor nos acompaña en un viaje insólito y fascinante con algunas peculiaridades apreciables. Sin lugar a dudas, Sifuentes demuestra poseer una imaginación muy rica e indudable talento para construir historias que permanecen grabadas en la memoria del lector. La invención de mundos y situaciones que no coinciden con lo que nos rodea, se concilia muy bien con las referencias a elementos, algunas veces recónditos de las culturas occidental y prehispánica.

*Diego Simini, Italia*

¶ La agilidad de la obra es muy notable, ya que te lleva de un tirón para avanzar muchas páginas, a oscilar entre varios péndulos, pero vemos que los temas centrales son los policíacos y los históricos. Un tema de ciencia ficción monográfico al tener como personajes aliens, nerds, *fringe* entre ciencia y fanatismo, temas interesantes que se leen con placer.

*Doménico Chiappe, Perú*



**SDC**  
Secretaría de Difusión Cultural



ISBN: 978-607-422-733-8

